

# **p A r A d i g m A**

**Revista universitaria de cultura**

**número 15  
julio 2013**

# Del lat. paradigma, y este del gr. παραδειγμα

Nuestro diccionario nos indica varias acepciones de la palabra *frágil*. Frágil equivale a quebradizo, a débil y a algo caduco y perecedero. Acepciones que nos son familiares, que tenemos presentes en nuestra vida cotidiana quizás con demasiada frecuencia. La fragilidad como cualidad de lo frágil forma parte también de las actividades humanas, de la actividad creativa artística en sus distintas facetas, de la construcción del pensamiento científico y del propio ser y estar de cada uno de nosotros, de nuestro yo intransferible. En este número 15 de *Paradigma* se presentan diversas reflexiones sobre el sentido de lo frágil y la fragilidad en el transcurso de la actividad literaria y musical y por extensión de la artística, la fragilidad de la ciencia y de la verdad del conocimiento científico, la fragilidad de nuestra sociedad actual y la del yo personal. Reflexiones que nos conducirán, como muy bien indica una de nuestras colaboradoras en este número, a considerar poéticamente la creatividad y su innata fragilidad como esa línea o filo entre lo necesario y lo perfectamente prescindible. Buena metáfora que en palabras del maestro Jorge Luis Borges nos conduce a la hipérbole de sentir lo frágil como en estas dos estrofas magníficas: *El cristal no es más frágil que la roca. Las cosas son su porvenir de polvo.*



## **Consejo Editorial**

- Cristina Consuegra Abal - José J. Reina Pinto - Antonio Heredia Bayona -

## **Diseño y maquetación**

- José J. Reina Pinto -

## **Correo electrónico**

paradigmacultura@googlemail.com

**DL: MA-1343-2005**

**ISSN: 1885-7604**

*El equipo editorial de Paradigma quiere agradecer el esfuerzo realizado por todas aquellas personas que hacen posible esta publicación. Especialmente agradece a Alejandro Heredia su colaboración en la corrección de pruebas que con celeridad y meticulosidad lleva a cabo en cada número.*

*Los miembros del consejo editorial de esta publicación no se hacen responsables de las opiniones vertidas por los autores de los artículos, poemas, u otras formas de expresión incluidas en este número.*

*A prueba de bonzos.* **Emilio Bueso, p. 4**

*De la hiperinformación a la desinformación 2.0.* **María Aguilar Guerrero, p. 7**

*La fragilidad de la certeza.* **María Luisa Balaguer, p. 12**

*Un ensayo sobre la fragilidad, la verdad esencial y la verdad del conocimiento.* **F. Xavier Niell Castanera, p. 15**

*La fragilidad del Yo.* **Natalia Ramos Díaz, p. 24**

*Forever 21.* **Manuel Arias Maldonado, p. 27**

*El corazón frágil.* **Herminia Luque, p. 31**

*Cristal en vilo (el desvalimiento creativo).* **Raúl Díaz Rosales, p. 36**

*Todo es líquido.* **Enrique Benítez Palma, p. 40**

*Las cenizas de la fragilidad.* **Beatriz C. Montes, p. 45**

*A veces cuesta caro evitar que te vapuleen pero merece la pena porque es jodidamente delicioso.* **Julio César Jiménez, p. 49**

*De Lucía para Andre.* **Lucía Morales, p. 51**

## **Poesía**

**Estanislao M. Orozco, p. 55**

**Raquel Lanseros, p. 59**

## **Ilustración/fotografía**

**Ana Moliz, p. 30, 35, 39, 44, 51, 53**

**Pedro J. Okaña, pp. 3, 11, 23**

**Sonia Pulido, pp. 6, 14, 26**

**Beatriz Serrano Solano, p. 33**

## **El Carro de Heno**

*Un mundo salvaje.* **Vicente Ortíz p. 62**



okña

P E D R O J . O K A Ñ A

# A prueba de bonzos

E m i l i o B u e s o

**P**reguntas: ¿Se vuelve frágil un país con el índice de desempleo aproximándose al treinta por ciento de su población activa? ¿Y si además el ochenta por ciento de su producto interior bruto está siendo controlado por mil cuatrocientas personas<sup>1</sup>, hará eso que peligre un modelo socioeconómico como el nuestro? ¿Qué estabilidad tiene un estado en el que cada día se producen más de quinientos desahucios<sup>2</sup>?

No son preguntas a bote pronto, sino las que se hacen cada vez más medios de comunicación<sup>3,4,5</sup> de un tiempo a esta parte: ¿cómo es que en España no se produce un estallido? Tres de cada cuatro españoles piensan que su país está a punto de explotar<sup>6</sup>. Lo que tal vez no hayan pensado es que en el mundo hay veinticuatro países con unas cifras peores que las nuestras<sup>7</sup> y, aunque la mayoría de ellos podrían considerarse estados fallidos<sup>8</sup>, apenas la cuarta parte carece de estabilidad política. Esto es, que si nada cambia, perfectamente podríamos acabar aquí como en Zimbabue, donde la mitad de la población activa sobrevive al margen del sistema, buscándose la vida sin tomar o esperar nada del entramado societal estructurado.

A lo largo de la historia se han producido muchas revoluciones, golpes de estado y guerras civiles durante épocas de bonanza, sí; pero también es verdad, como contraparte, que hay pueblos que aceptan castigos mucho más duros que los que atenazan hoy al sur de Europa sin apenas rebelarse. No existen unas matemáticas ni hay una fórmula concreta para que se desplieguen los pasamontañas y los contenedores en llamas. Sólo hay pueblos que deciden levantarse y pueblos que no, y les separa un abismo tan oscuro y profundo que difícilmente podría sondarse.

Lo que sí se puede hacer es preguntar a Google por lo que nos bulle en la cabeza. Basta con interrogar a *Google Trends* o, mucho más sencillo, teclearle al buscador las palabras «políticos españoles»... Y la función de autocompletar acude presta al navegador a sugerir las búsquedas más habituales de los internautas, que tras introducir un «políticos españoles» teclean, mayoritariamente, una de estas otras cadenas de caracteres (por orden de prevalencia y a fecha de redacción de este artículo): «condenados», «corruptos», «sin estudios», «del Opus Dei», «hablando inglés», «imputados», «asesinados», «culpables».

¿Es frágil un país en el que cerca del cuarenta por ciento de los jubilados está financiando o acogiendo en su casa a sus hijos<sup>9</sup>? ¿Lo es cuando su principal amenaza, el desempleo, ya arrasó con la cuarta parte de su población activa hace veinte años? ¿Lo es cuando las valoraciones que obtienen sus mejores dirigentes caen en picado y se sitúan por primera vez desde que se tiene constancia por debajo de los cuatro puntos sobre diez<sup>10</sup>? ¿Hay algo más robusto que un modelo societal donde el pueblo se ve encarcelado por el horizonte y rehén de sí mismo, donde estar explotado comienza a percibirse como un privilegio? ¿Puede producirse un estallido cuando uno de cada cuatro españoles con trabajo teme perder su empleo este año y uno de cada tres desempleados cree que no encontrará trabajo durante los próximos doce meses<sup>11</sup>?

Hay algo en todo esto que invita a hacerse preguntas sobre el peso de la esperanza y la desesperanza en la fragilidad de las sociedades y en la lucha por la supervivencia de los seres vivos... Al fin y al cabo, la historia nos ha demostrado que la capacidad de reacción de un colectivo humano

puede ser fácilmente anulada mediante una secuencia progresiva de dicotomías inflexibles. Concretamente, eso es lo que hicieron los nazis.

Sí, los nazis. Primero les impusieron a sus enemigos un censo obligatorio, so pena de cárcel. Y sus enemigos se censaron, qué remedio. Meses después les pidieron a los censados que se mudaran a una serie de guetos, so pena de cárcel. Y sus enemigos se mudaron, cosa bastante preferible a una condena penitenciaria. Acto seguido, el Reich hizo subir a sus víctimas a los vagones del ganado para «trasladarlos temporalmente a un conjunto de campos para refugiados», algo bastante más difícil de aceptar, pero claro, la deportación sonaba mucho mejor que la prisión, conque de nuevo las víctimas de Hitler obedecieron, a falta de mejores opciones. Después resultó que les pidieron que se ducharan. Y, fin de trayecto, ellos desfilaron resignados para que les dieran una ducha.

Es evidente que el holocausto no habría tenido lugar de haberse planteado como tal en una primera instancia. Tamaña atrocidad habría sido de frágil implementación en caso de haberse presentado como tal desde el principio, porque ningún hombre en su sano juicio aceptaría que lo gasearan de buenas a primeras sin ofrecer resistencia.

En cambio, mediante la aplicación de una serie de presiones progresivas e ineluctables se puede conducir poco a poco hacia el infierno a millones de personas, muchas de las cuales terminan padeciendo un horrible final sin haber comprendido siquiera qué clase de programa se había proyectado para ellas. Ni qué es eso tan malo que hicieron para merecer su suerte.

Colofón: un sistema despiadado resulta tan frágil que su viabilidad depende completamente de sus integrantes, sí; pero se torna robusto, blindado, cuando les arrebató toda esperanza a los individuos. Es lo que tiene todo infierno dantesco. Lo saben hasta los insectos.

Los hay como la hormiga, que se arrancan sus propias alas para servir mejor a la colonia. Y los hay que mueren de inanición cuando les arrancan las alas, que dejan de luchar, de moverse, de tratar de comer, guarecerse o huir. Fueron hechos para volar, y pierden toda esperanza y horizontes al no poder hacerlo más. Así que, en lo que parece todo un ejercicio zen, se quedan poco más o menos donde les haya sorprendido la fatalidad, a esperar la muerte.

A esperar que algo cambie, que mejore sin más, que les devuelvan sus alas *low-cost*, que alguien castigue a ese otro alguien que se ha llevado su queso, que sea otro insecto el que muerda.

Que el sistema no sea a prueba de bonzos.

*Emilio Bueso es escritor*

- 1 "Que arrimen el hombro las 1400 personas que controlan el 80% del PIB". *El País*, 26-02-2010.  
[http://elpais.com/elpais/2010/02/26/actualidad/1267175831\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2010/02/26/actualidad/1267175831_850215.html)
- 2 Se disparan los desahucios en España y alcanzan los 517 diarios. *Agencia EFE*, 23-07-2012.  
<http://www.20minutos.es/noticia/1547095/0/se-disparan/desahucios/517-diarios/>
- 3 ¿Qué está evitando un estallido social? *Expansión*, 11-04-2013.  
<http://www.expansion.com/2013/04/11/economia/1365671548.html>
- 4 ¿Por qué no se produce un estallido social? *Diario Público*, 01-05-2011.  
<http://www.publico.es/espana/373738/por-que-no-se-produce-un-estallido-social>
- 5 ¿Por qué España consigue contener el estallido social? *Diario Información*, 08-11-2012.  
<http://www.farodevigo.es/espana/2012/11/08/espana-contener-estallido-social/708994.html>
- 6 Seres rotos, sociedades divididas. *El País* - Metroscopia, Enero 2013.  
<http://blogs.elpais.com/metroscopia/2013/01/seres-rotos-sociedades-divididas.html>
- 7 *The World Factbook*. ISSN 1553-8133.
- 8 *Failed States FAQ number 6. The Fund for Peace*.
- 9 El 40% de los jubilados da dinero o acoge en su casa a sus hijos en paro. *Diari de Tarragona*. 27-04-2013.  
<http://www.diaridetarragona.com/tarragona/076721/40/jubilados/da/dinero/acoge/casa/hijos/paro>
- 10 Ranking de los políticos más valorados en España. *Centro de Investigaciones Sociológicas*. Abril 2013.  
<http://es.classora.com/reports/y85755/graphics/ranking-de-los-politicos-mas-valorados-en-espana-segun-el-cis?edition=201304>
- 11 Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas. Enero 2013.  
[http://www.cis.es/cis/open/cm/ES/1\\_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=13504](http://www.cis.es/cis/open/cm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=13504)



SONIA PULIDO

# De la hiperinformación a la desinformación 2.0

María Guerrero Aguilar

Hablar de la irrupción y el creciente desarrollo de las Nuevas Tecnologías, así como de sus notables efectos en cualquier ámbito del ser humano, es hoy una premisa ya aceptada por todos.

Las Nuevas Tecnologías han abierto las puertas a un entorno informativo-comunicativo más accesible, global y flexible en el que una audiencia inexperta asume el papel protagonista.

Vivimos inmersos en una nueva era, la era digital, en la que comunicarse parece más fácil y al alcance de cualquiera. Los canales informativos se han multiplicado en los últimos tiempos, los formatos se encuentran sometidos a constantes cambios y las aplicaciones tecnológicas se reinventan a sí mismas cada día en busca de un nuevo avance con el que penetrar el mercado.

Lo más llamativo de estos cambios tecnológicos es que permiten una mayor participación ciudadana y con ello nuevos «usos sociales» de los medios. Esta reconversión mediática ha propiciado que las audiencias dejen de ser receptoras de noticias para ser a la vez productoras y emisoras de informaciones que luego los medios recogen en sus contenidos. Un cambio que permite un acceso a la información y a los periodistas que la construyen hasta ahora desconocidos, aumentando la capacidad de interlocución del ciudadano y su interacción con los medios.

Algunos autores utilizan ya el término *crossuser* (del prefijo *cross*-cruzar, en inglés) para referirse a esta nueva generación de consumidores que desean hacerse oír y que establecen una relación con los productores más igualitaria.

El Periodismo Ciudadano empieza a ganar peso y sin duda, las Redes Sociales facilitan su proliferación inminente. Ofrecen información global al instante que fluye sin límites ni fronteras y otorgan el testigo al ciudadano de a pie en la ardua tarea de informar.

Sin embargo, ¿estamos preparados todos para ser profesionales de la comunicación?

El debate está en la calle.

Aunque son muchos los que se niegan a aceptar esta realidad, vivimos una crisis del periodismo sin igual. El diario El País decía en el reportaje *La prensa se asoma al pago en la Red* publicado el

pasado 12 de abril que «...estamos ante un sector que en estos momentos afronta una reconversión comparable a la que sufrieron los altos hornos de Bilbao o de Manchester en los años 80...».

Asimismo, el periódico aludía a la necesidad de prosperar en la era digital como única vía de supervivencia.

Nos encontramos ante una sociedad informativa en constante cambio donde cada vez más prevalece la inmediatez sobre la reflexión, donde expresar y compartir sentimientos en entornos virtuales forma parte de nuestra rutina diaria y donde la actualidad parece regida por Twitter, así como el análisis queda reducido a 140 caracteres.

### **Frágiles**

Ante un entorno comunicativo cambiante que se escapa, incluso, de las teorías de los expertos de ayer y hoy y que, por tanto, avanza de la mano de la improvisación ante la tutela de unos pocos; la brecha digital entre los no nativos y los que sí lo son se hace aún más profunda.

Las redes sociales son potentes máquinas de crear rumores capaces, incluso, de convertirlos en noticias de alcance global con tan sólo unos cuantos clics. La veracidad de la fuente y la fiabilidad de la información, pilares del periodismo, pasan a un segundo plano ante la primacía de la inmediatez. Sin embargo, es la rapidez con la que se difunde la información precisamente su punto más débil.

Resulta paradójico que esta nueva cultura 2.0 germine bajo la amenaza de su principal ventaja: la inmediatez.

Hoy, gracias a los Social Media la comunicación es más democrática e igualitaria. Sin embargo, a pesar de su enorme éxito y el alto número de usuarios que así lo avala, demuestran su fragilidad como fuente de información fiable.

### **Informados o desinformados**

En un contexto comunicativo cambiante con información libre y sin barreras, resulta curioso que precisamente cuando el conocimiento está al alcance de cualquiera, se acentúe más que nunca la división entre informados y desinformados.

La información circula por Internet ajena a cualquier control y de espaldas a los principios de rigor y veracidad. Contrastar aquello que leemos, así como comprobar la fiabilidad de las fuentes que lo emiten, se convierte en una herramienta necesaria para escapar airoso del torbellino informativo que envuelve el 2.0 en el que todo cabe y vale todo.

El diario Público publicaba el pasado 19 de mayo en el artículo *Cuando las Redes Sociales generan desigualdad* que la falta de rigor ha terminado tomando la red, y en especial las redes sociales.

Resulta imprescindible por tanto, un conocimiento previo no sólo del manejo de los Social Media, sino también de la selección de la información que ofrecen, así como una actitud crítica ante todo aquello que circula por Internet.

### **De rumor a noticia**

Las Redes Sociales se han convertido también en fuentes de información de los medios de comunicación tradicionales que han sabido incorporar sus principales ventajas a las rutinas periodísticas de siempre.

Los periodistas no pueden obviar los cambios comunicativos que acontecen a su alrededor y por ello, los medios han dado paso a una comunicación más participativa, instantánea y multimedia que invita al usuario a colaborar en la confección de la información y que, por supuesto, acude a las Redes Sociales para una mayor difusión.

Hoy prácticamente todos los medios cuentan con perfiles en medios sociales y completan las noticias que ofrecen con opiniones, testimonios e imágenes que envían sus propias audiencias. El resultado es una información mucho más cercana al ciudadano que se siente participe en la misma.

Twitter se ha convertido en una fuente de información fácil y gratuita de grandes y pequeñas redacciones con poder para alterar sus agendas y con autoridad, incluso, para ser considerado como fiable y veraz.

El poder de las Redes Sociales para llevar el rumor a la categoría de noticia es infinito y choca la pasividad de una audiencia que convierte en noticia todo aquello que está al alcance de unos cuantos clics.

Sin ir más lejos, el pasado 13 de mayo la prensa digital publicó la muerte del cantante Manolo Escobar. Twitter había difundido la noticia y en pocos minutos los medios on-line si hicieron eco de la misma. La información fue reproducida sin ningún tipo de contraste y verificación de la fuente original, lo que supuso la publicación de una información falsa que, por supuesto, fue desmentida al instante.

Los medios de comunicación se encuentran actualmente inmersos en un proceso de reinención a la deriva de un contexto comunicativo frágil e inestable.

Hoy más que nunca los principios de veracidad y rigor deben regir su trabajo y el análisis, cada vez más en peligro de extinción, debe marcar su diferencia.

### **La fugacidad de una comunicación inmediata**

La fugacidad de la información que circula por la red es otra de las características de la cultura del 2.0 en la que todos somos difusores de contenidos y, además, contamos con multitud de canales para ello.

La sobresaturación informativa a la que estamos expuestos, así como su caducidad inmediata, ha supuesto una nueva forma de consumo de la misma. Y es que la información fluye a su antojo sin obstáculos y desaparece con el mismo sigilo con el que se expande.

Como afirma el periodista Pascual Serrano, autor del libro *La comunicación jibarizada*. Cómo la tecnología ha cambiado nuestras mentes, los ritmos de las redes sociales han desembocado en una pulsión por expandir todo tipo de información que incluso, nos llega a ocupar más tiempo que en atender nosotros mismos esa información. A su juicio, estamos colaborando a crear un universo donde todos nos dedicamos a proponer lecturas que nadie lee.

Hoy la información se cuantifica y se valora de acuerdo al número de veces que ha sido reenviada, retuiteada o valorada con un ME GUSTA.

Estamos contribuyendo con ello a crear una cultura comunicativa en la que la espectacularidad de la información que se difunde prevalece a la calidad de su contenido, y en la que la búsqueda de notoriedad y aumento del ego está por encima del análisis y la reflexión.

Cuando el conocimiento nace con el único objetivo de llegar al máximo de gente posible, sin importar cómo ni por qué, éste corre el riesgo de desaparecer cuando ya no esté de moda.

### **Formación Previa**

La comunicación es hoy más accesible y libre que nunca. Gracias a los Social Media la información fluye sin límites ni fronteras y bajo la tutela de cualquiera. Y es que aunque son muchos los beneficios de este nuevo paradigma comunicativo, sin duda, la participación y movilización ciudadana es su principal insignia.

La saturación informativa a la que estamos expuestos requiere, no obstante, una educación y formación previa para no caer en la trampa de la desinformación y sobre todo, para conocer los entresijos de esta nueva comunicación que nace con vocación igualitaria pero que corre el riesgo de provocar mayor desigualdad entre sus usuarios.

*María Guerrero Aguilar es periodista. Antigua alumna de la Universidad de Málaga.*

R. G. Gómez/ S. Pozzi. *La prensa se asoma al pago en la red*. El País.es. 12 de abril de 2013.  
[http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/04/11/actualidad/1365709436\\_068928.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/04/11/actualidad/1365709436_068928.html)

Escolar, Arsenio. *¿Hacia dónde va la prensa?* 20 Minutos.es. 10 de mayo de 2013.

<http://blogs.20minutos.es/arsenioescolar/2013/05/10/hacia-donde-va-la-prensa/>

Serrano, Pascual. *Cuando las redes sociales generan desigualdad*. Público.es. 19 de mayo de 2013.

<http://www.publico.es/455624/cuando-las-redes-sociales-generan-desigualdad>

Nafria, I. (2007): Web 2.0. *El usuario, el nuevo rey de Internet*. Barcelona: Editorial Gestión 2000, Grupo Planeta.

Gil, V. Romero, F. (2008): *Crossuser*. Barcelona: Gestión 2000.



okña

P E D R O J . O K A Ñ A

# La fragilidad de la certeza

M<sup>a</sup> Luisa Balaguer

Me recuerdo en Granada, en la primera mitad de los setenta del pasado siglo, cuando empezaba Derecho, saliendo de mi casa, piso de estudiantes compartido, yendo varias veces al kiosko de la esquina, pomposamente apodado *Dragstore*, preguntando cada tarde por el *Informaciones* y unos años después, cada mañana por *El País*, con la esperanza de que el Consejo de Ministros de la semana fuera un paso atrás en el horror, de que se aprobara la amnistía para los presos políticos, de que no hubiera muerto nadie en una manifestación, o de que no hubieran torturado a alguien en un interrogatorio.

Bajaba hasta tres o cuatro veces, en parte por la impaciencia de leer las noticias, que aunque sesgadas y censuradas, eran la única forma de comunicación posible entonces, y en parte también porque el reparto se retrasaba, pero si tardabas al poco ya se habían agotado los ejemplares.

Vivíamos un mundo tan efervescente y frágil, que la Universidad era una Asamblea permanente, en la que de vez en cuándo te examinabas. La legalización de los partidos políticos, la apertura a la transición democrática, la institucionalización de la vida pública, y el desmantelamiento de la Dictadura, copaban nuestra actividad en aquellos años.

Lo que vino después ya es sabido. Las instituciones empezaron a funcionar, los partidos políticos se alternaron en el poder, y la Constitución que se aprobó en 1978, ha sido hasta hoy la de mayor duración histórica en nuestro Estado.

La economía rozó prácticamente el pleno empleo, los derechos y libertades derivados de la Constitución nos permitieron aprobar las leyes más progresistas de Europa, el derecho de igualdad fundamentó la ley de los matrimonios del mismo sexo, y nuestra transición política se exportó como modelo a los países dictatoriales.

La certeza del derecho llevó a otras certezas, la vida se pudo programar de antemano, los derechos laborales permitieron el bienestar de

las clases medias, las políticas sociales apoyaron los derechos de las mujeres para su integración social.

¿Qué ha pasado para que ahora, cada mañana de viernes nos atemorícemos de leer en el Twitter las reseñas del Consejo de Ministros, temiendo que ya no nos quede nada por perder?

Con el tiempo han disminuido las certezas, nada de lo que estamos viviendo ahora parece tener continuidad en el tiempo, este es sobre todo un tiempo provisional, llamado a no permanecer, como un «mientras tanto» que nos devolverá a lo que éramos hace unos años, ciudadanos libres, con derechos sólidos, ganados en la lucha por el Estado de Derecho, reconocidos en nuestras normas, y garantes de nuestras vidas.

Y es ahora, cuando nadie entiende como es posible, que el Estado de Bienestar se derrumbe ante nuestra pasividad. No es indiferencia, es velocidad de reacción, como si el ser humano necesitara tiempo, mucho tiempo, y lo peor es que no se sabe nunca cuanto, para entender lo que está ocurriendo dentro y fuera de él. Así, que mientras pensamos qué vamos a hacer, adonde vamos a dirigir nuestra vida, en relación con la persona a la que amamos, o al trabajo del que nos van a echar mañana, o más aún, de la sociedad que desaparece ante nosotros, la vida sigue su curso indeleble, frente a nuestra pasividad, las cosas siguen ocurriendo, nos seguimos enamorando, nos despedimos de nuestros trabajos, echamos en falta haber dicho al amigo lo que lo queremos cuando ya no está, y entretanto no damos crédito al desmantelamiento de aquello que una vez ocurrió, y queda ahí yéndose, y nosotros lo seguimos viviendo como si todavía estuviera. Esa relación, que después de años ya no es la misma, ni se parece, porque poco tiempo después de iniciarse ya había muerto, había sido desahuciada por otros sentimientos más fuertes e imprecisos.

Esa empresa que ya no vende pisos, pero parece la misma empresa, porque aunque la puerta de entrada está ahí, es una empresa inexistente,

porque ya no entran aquellas personas que saludaban los lunes, contando sus fines de semana.

También el entorno social y las relaciones humanas, se licuan y nada permanece el tiempo suficiente para ser voluntariamente pensado. Es la sociedad de la incerteza, de la volatilidad de las relaciones humanas, y de la transitoriedad de las economías globales, mutantes geográfica y jurídicamente.

¿Quién sabía entonces, cuándo construíamos una democracia estable, que iba a ocurrir todo esto? Juan Mayorga, narra en su obra *HIMMELWEG*, la visita a los prisioneros de guerra, de un enviado de la Cruz Roja, que informa de la total normalidad del campo, después de entrevistarse con el comandante de la zona. El protagonista del *Camino del Cielo*, a su vuelta, y después de su informe, empieza a conocer la realidad de lo que allí ha ocurrido, y se espanta de no haber sido capaz de percibirlo. Allí todo ocurría con normalidad, la gente paseaba por las plazas, leía en los parques, caminaba de un lado al otro aparentemente dedicada a hacer su vida. La obra descubre que se trataba de actores, que en un terreno acotado, representaban un papel dirigido a producir esa desinformación.

La pérdida de la proyección de la vida pensada de antemano, el cambio de las viejas amistades, por las interesantes entradas en la red de otras desconocidas, que se nos antojan más reales que las de nuestra infancia. El sólido poder que nos orienta al caos, al hundimiento de la vieja Europa gobernada por antiguos enemigos que siguen sin aprender a entenderse, becando Erasmus que se emparejan aprendiendo idiomas, mientras su clase política les roba el futuro, legislando en su contra.

Ahora cada ley es una agresión, arrebatada al lenguaje. Cada medida dice exactamente lo contrario de lo que legisla. Cuándo se quiere retrasar la edad de jubilación, titulan la norma como «medidas para favorecer la continuidad de la vida laboral», como si se tratara de una concesión en lugar de un perjuicio.

Leyes que hacen disminuir en un punto la certeza, que duran solamente unas semanas, y que apenas da tiempo a leerlas antes de derogarse por otras que no durarán mas que unos días. Leyes en nuestra contra, leyes que suprimen los derechos ganados en Europa desde 1848, leyes para ser incumplidas por ellos mismos, pero ante las que la ciudadanía está desmantelada.

Trajes oscuros, constantemente buscando

culpables de lo que hicieron ellos, incapaces de resolver acerca de lo que de verdad importa. Desahucio de la vida, de la que nos desalojan a cada minuto que hablan, siempre en contra de los otros, de los que estuvieron antes, y volverán a estar, deshaciendo lo de ahora.

Pretendiendo convencernos de que ellos sabían como eran el mundo y que había que hacer para vivirlo. Todavía con la resaca del mitin, la suntuosidad de sus poderes, el ornato de sus despachos, en los que se pertrechan, pretendiendo mantener sus liderazgos a izquierda y derecha, tan absurdamente ignorantes de que la función ha terminado, se resisten a bajar del escenario y siguen actuando para un público que ya no está allí.

Se acercan cada vez más al esperpento de todo poder, también de los poderes anteriores, los que nunca quisimos, y creímos erradicados para siempre.

La ciudadanía entre perpleja y atónita, asiste al espectáculo de una clase política endogámica y corrupta. Que en lugar de erradicar la pobreza, quiere acabar con los pobres, dejándolos a la intemperie de toda protección. La seguridad, que en la democracia es exactamente la interdicción de la arbitrariedad, ahora la representan los cuerpos y fuerzas del Estado para atacar a la ciudadanía. ¿Era esto, era por esto por lo que mi generación luchó, por estos derechos, líquidos, por este desmantelamiento del derecho laboral, normas que se forjaron en las huelgas de toda la década de los setenta, a la lucha de tanta gente que perdió su trabajo para que la clase obrera mejorara?

Y la igualdad de género, que desde la década de los sesenta se construyó con la sólida convicción de que las mujeres eran dueñas de su propio cuerpo, ¿qué es hoy, sino una licuación de normas, que se intercambian con cada gobierno que avanza y regresa en dejar abortar a las mujeres, y que hace de cada mujer una Penélope que teje y desteje cada legislatura, a la espera de un Ulises siempre retardado? Y la igualdad, una mitología que busca su derecho perdido, entre instituciones surgidas a la luz de mítines electorales, para envolverse en una retórica tan sugerente como inútil.

No era por la fragilidad, sino por la certeza. Por eso luchamos.

*M<sup>a</sup> Luisa Balaguer es Catedrática de Derecho Constitucional de la Universidad de Málaga.*



SONIA PULIDO

# U n e n s a y o s o b r e l a f r a g i l i d a d , l a v e r d a d e s e n c i a l y l a v e r d a d d e l c o n o c i m i e n t o

F. X a v i e r N i e l l C a s t a n e r a

## Todo es frágil, la teoría en particular.

La observación, la estimación y la medida, son aproximaciones más o menos precisas a la realidad que se desconoce en esencia y se aproxima con diversos grados de sensibilidad. El conocimiento es más bien una expresión en términos de probabilidad de que algo exista en un estado determinado, que un conjunto de afirmaciones que pretenden describir el conjunto de estados de dicha entidad inequívocamente, sin margen de error. En esta afirmación sobre la utilidad del concepto de probabilidad de estado, aplicada en un contexto general, se resume de modo no determinista lo que debería ser la expresión consciente del conocimiento científico: algo probable nunca absolutamente cierto en la forma como se enuncia y, por lo tanto, se conoce.

## La fortaleza de los paradigmas. Significado del error.

El conocimiento, que es lo que se genera y se olvida con la investigación y la reflexión, forma la teoría, consolidándose en paradigmas que constituyen su sustento. Los paradigmas se reemplazan unos a otros según su vigencia y normalmente de antiguos por nuevos, según Khun, pero casi nunca se substituyen enteramente, sino que coexisten, se complementan y se usan simultáneamente de modo total o parcial, según convenga. La conservación de paradigmas sucesivos y permanentes, parciales y generales, constituye la esencia del conocimiento de una disciplina, o ciencia, en sentido estricto.

Se entiende que la fortaleza de una rama del conocimiento reside en la posibilidad de verificación de sus resultados. Para tal extremo, se necesita claridad experimental que permita la repetición de la práctica, que dé lugar a resultados formalizables en términos matemáticos: medidas, regularidades y tendencias que a poder ser se expresen en modelos. Los datos usualmente se toman de forma repetida ya que, empíricamente, se sabe que no son exactamente reproducibles en experimentos que se suponen idénticos. A la variabilidad que se desvía de la media de los datos tomados con una sensibilidad determinada y una precisión supuesta se la denomina, con mucha cautela, *error*. El uso más apropiado del término *error* no es el de equivocación, sino que el concepto de error incluye el desconocimiento parcial de las causas y de las fuentes de variabilidad de un experimento en sus partes y en su integridad incluidas aquellas que no son controlables.

La propia estrategia de la adquisición de los datos en ciencias fuertes y semifuertes, como las biológicas, se desarrolla desde la mitad del siglo pasado, pero se convierte en usual en ellas,

en los últimos años, desde los 80. La fortaleza del conocimiento consiste en aplicar el criterio de probabilidad a los datos, pero también a las hipótesis a contrastar y a los enunciados que se coligen de su contraste: las leyes.

En pocas palabras el *error* nos permite saber, probabilísticamente, en cuántas veces que se repitiera la observación, esa saldría igual que en cada una de las demás. Esto reflexionando despacio, tiene una enorme trascendencia en el sostenimiento de la teoría y contribuye a la consolidación del conocimiento. La debilidad es la característica del conocimiento opuesta a fortaleza, la fragilidad es otra cosa. La debilidad es la dificultad de aplicar el método para la necesaria verificación de la teoría, la fragilidad es una propiedad intrínseca del propio conocimiento y de la propia realidad, es una propiedad de los propios objetos del conocimiento, sean reales o abstractos y del propio conocimiento, de las dos cosas.

### **La fragilidad es la fuente de la revisión teórica.**

La fragilidad es una propiedad revolucionaria de la teoría que permite el avance de la misma, las teorías se muestran inconsistentes cuando no resisten la aplicación de una verificación por pequeña que sea la desviación con respecto al paradigma de referencia, a la *Teoría de las revoluciones científicas* de Khun, a pesar de su nombre no hay que verla como catastrófica sino como un reemplazo continuo de unos paradigmas por otros. Las desviaciones de una hipótesis deben ser bienvenidas puesto que como dijo Giordano Bruno «del error nace la verdad» trasformando la frase del protomártir científico en un aserto de perfume khuniano, «el error complementa y corrige el paradigma, y aumenta el conocimiento, nos dice lo que aún no se sabe, lo que no se conoce».

### **La fragilidad como fuente de conocimiento nuevo.**

La solidez del conocimiento es tan importante como su fragilidad, de la primera sale la referencia y de la segunda la producción de conocimiento nuevo. Esta es una reflexión trascendente en la dialéctica del progreso de las ideas y del conocimiento científico

La fragilidad se evidencia cuando a un paradigma se le contrasta su solidez por distintos métodos, el método más interesante y poco aplicado en el progreso del conocimiento es la proliferación de hipótesis. En este aspecto, más allá de mi consideración personal, el anarquismo científico de P. Feyerabend proporciona una entretenida y liberadora manera de pensar teórica que como mínimo es desafiante. Descubrí a Feyerabend cuando no era sencillo que alguien hablara de su contramétodo, en este país tan poco reflexivo en los 70, me llamó la atención el título de una de sus obras, *Contra el método*, y me convenció su sugerencia de que la teoría dominante, en cuya preservación se basa la investigación contemporánea, debía ser maltratada, que debía existir en su consideración cierta falta de respeto. La mejor manera de contrastar la fragilidad o la solidez, no su fortaleza, de un paradigma que proponía era el pluralismo teórico. Dar oportunidades de romper la hipótesis y la teoría. Sostiene Feyerabend, con un agradable y sorprendente argumento maquiavélico, que «en la investigación todo está permitido». Los resquicios de fragilidad que tenga una teoría se deben poner de manifiesto e incluso serán evaluables como tal fragilidad, de acuerdo con las desviaciones que se presenten sobre dicha teoría. Aclarar el cómo de dichas fragilidades constituye una vía promisoría de indudable progreso del conocimiento.

## El propio paradigma condiciona el progreso del conocimiento.

Más allá del ejercicio teórico de proliferar hipótesis, tanto Khun como Feyerabend advierten de la inconmensurabilidad de las teorías diferentes surgidas en distintas circunstancias de investigación sociales y personales. Bajo diferentes condiciones de observación, experimentación, medición y sobretodo de verificación, los propios paradigmas reinantes son los principales condicionantes para un análisis libre de los logros de la investigación. Ciertamente es que el ámbito de una teoría dominante propicia el dogmatismo y condiciona, si no la anula, la capacidad crítica de los investigadores para contribuir a su progreso. Mediante la puesta en duda y la reflexión de los paradigmas, de la percepción de su fragilidad se pueden generar nuevas teorías. Se debe violentar, como buena práctica, el diseño experimental protegido por los *lobbies* de investigadores, que no de científicos, que conducen y derivan el conocimiento en un progreso acotado de modo no permisivo con hipótesis disidentes de los que la investigación está llena.

Esta salvaguarda y centinela de la *verdad* es una verdadera obsesión a pesar de que la *verdad* es relativa e imposible de conocer en su realidad plena y de que queda limitada a una percepción que se cumple con mayor o menor probabilidad de modo tan sólo esencial.

### Sobre la fragilidad de la verdad.

Tomar lo absoluto con respecto al conocimiento como una necesaria y única aproximación posible a la verdad es un procedimiento inadecuado, la que existe como algo que «es lo que es» (*veritas essendi*: verdad del ser) es fundamental para definir las reglas del juego, para adquirir conocimiento, la aproximación a la verdad solamente tiene todo su significado como una correspondencia entre el conocimiento con algo que «es en sí» (*veritas cognoscendi*: verdad del conocimiento) no existe la posibilidad de conocer la verdad, incluso en ciencias absolutamente fuertes como las matemáticas esta incertidumbre existe. En 1931, Kurt Gödel sentó las bases para afirmar que en cualquier sistema lógico basado en axiomas y reglas, existen enunciados cuya verdad o falsedad no vamos a poder decir desde las propias premisas del sistema, era un planteamiento limitante a partir del cual aparece una diferencia muy sutil entre verdad/falsedad y demostrabilidad. En suma, el principio gödeliano se puede leer diciendo que la explicación de los paradigmas de un terreno acotado del conocimiento está fuera de ella y que es inútil buscarla dentro de ella.

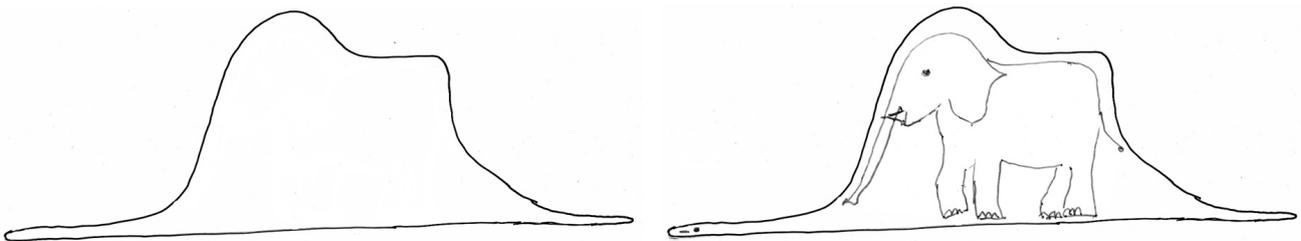
La realidad del conocimiento está en su propia y creativa mejora aprovechando su propia fragilidad, en conocer la verdad de su esencia real (*veritas essendi*) mediante aproximaciones paulatinas en su *veritas cognoscendi*, la verdad de su conocimiento.

Con lucidez, André Comte-Sponville afirma que esta distancia entre el conocimiento y la verdad no significa que no conozcamos nada. De ser así, ¿cómo sabríamos qué es conocer y qué es ignorar? La pregunta de Montaigne sobre el conocimiento de la verdad es que *es de facto la verdad del conocimiento* («¿Qué sé?»), se contrapone o quizás se complementa con la que se hacía E. Kant, ¿Qué es el conocimiento *de jure* («¿Qué puedo saber, cómo y bajo qué condiciones?»), ambas, congeniadas, presuponen la idea de una verdad al menos posible y de conocimiento aproximable con cierto grado de probabilidad, jamás con certeza en modelo alguno, una verdad de comportamiento estocástico, es decir de comportamiento incierto, natural en definitiva.

## La fragilidad de la comprensión subjetiva.

Buena parte de la fragilidad depende de la condición subjetiva y personal de la percepción, *sensu lato*, ¿Cómo se puede alcanzar una realidad de acceso con una capacidad limitada en el tiempo y en el espacio; puesto que observamos aquí y ahora?, ¿Es difícil extrapolar fuera de aquí y en otra ocasión? ¿Cómo podríamos conocer las cosas *como son en sí mismas*, si conocerlas es siempre percibirlas o pensarlas *como son para nosotros*? dicen Montaigne y Kant que ya que solo percibimos con nuestros ojos, y pensamos con nuestro cerebro el conocimiento se limita por ello. A pesar de que hoy en día percibamos con más medios, algunos muy precisos en la medida y la estimación de la realidad, y pensemos con nuestros cerebros y conociendo los pensamientos y modos de pensar de los demás, estamos a la misma distancia de la verdad que antes.

Lo frágil del trabajo teórico, y a la vez su interés en esa realidad no absoluta, es precisamente esa convergencia hacia el infinito perfectamente indefinido pero, paradójicamente real, que constituye en esencia la verdad, la realidad como nos gusta más decir, verdad que, por otra parte, existe. Por infinito que sea el conocimiento, indefinida es la distancia entre la verdad y la verdad del conocimiento. El criterio de visión material, percepción óptica, que permite conocer la verdad de los autores clásicos como Montaigne se ha superado constantemente en el conocimiento de la naturaleza, así, desde Leuwenhoek, por marcar un hito, se ganó en percepción con el invento de métodos de observación microscópica a los que acompañó un desarrollo conceptual, y la interpretación «teórica» de los observables de la realidad microscópica, de esta manera las células de Hooke eran compartimentos huecos, más tarde resultó que estaban llenos de líquido (protoplásmico) y después se vio que en el líquido había orgánulos diferentes y, paso a paso, se ha llegado paulatinamente a la actual situación de conocimiento. Con el ejercicio de la observación y la interpretación reflexiva, ambas calificadas con el denostado adjetivo de subjetivas, personales diría yo, la realidad del sistema celular es la misma antes de Hooke que después de mañana, la célula no cambia quien cambia es el conocimiento que tiende hacia el infinito. Tiende, solamente tiende.



La conocida figura del cuento de A. Saint-Exupéry *Le petit prince* expresa la fragilidad de la observación y en parte la del conocimiento de la verdad.

Algunas ciencias fuertes han cerrado algunos compartimentos de conocimiento, consideran que su conocimiento ha alcanzado su límite, pero la acotación no viene del conocimiento completo de la verdad sino del límite que las disciplinas se imponen a sí mismas, bien teórica o técnicamente al considerar que la proximidad entre la verdad y su conocimiento ya es satisfactoria, posición peligrosa en relación a la evolución indefinida que caracteriza el conocimiento.

## **La subversión del concepto frente a la inmovilidad de la observación.**

La fragilidad se evidencia en otros sistemas más cotidianos que el complejo sistema celular, pongo por caso el problema de conocer cuántas especies o genomas hay en un lugar, o, como de modo inconsistente se ha planteado, en el Planeta, la enumeración de sus hábitats, la de su composición química, su metabolismo o la información que regula su aparición, su coexistencia o su extinción. El conocimiento ofrece oportunidades de ampliación en los niveles más bajos de integración, siempre lo adquirimos de modo sistematizado progresando con lo que llamamos método científico, pero el salto teórico, el abandono o la modificación del paradigma o su complementación de modo sustancial es más probable en los niveles donde la realidad es menos aparente y donde la contribución a la teoría de la imaginación teórica conceptual ha sido mayor, es decir en los niveles menos reales, los niveles que denominamos de alto conocimiento, menos descriptivos y más teóricos.

Cada vez más el conocimiento se amplía por conceptos real abstractos, en decir de Althusser, que complementan al uso de la percepción sensorial real concreta, así aparece el conocimiento dinámico que es notablemente estocástico, que quiere decir que cualquier verificación no es absoluta y se da sobre la base de la existencia de la variabilidad alrededor de las afirmaciones. La propia verdad es estocástica luego su conocimiento debe expresarse de modo prudente, ni absoluto, ni definitivo, de modo, en definitiva, probabilístico. Los sistemas naturales presentan solamente una consistencia parcial en su comportamiento, que recuerda algunas veces la lógica del caos, aunque otras presenta discontinuidad catastrófica, los sistemas de conocimiento presentan una consistencia relacionada con la realidad natural baja que disminuye a medida que la contribución teórica es mayor.

## **La indeterminación de la naturaleza es su fragilidad y la de su conocimiento.**

Del conocimiento de los sistemas naturales, que se estudian con los métodos de la física, de la química y de la geología y la biología se deduce que la variabilidad es la esencia que caracteriza su verdad, a eso me he referido con el término conocimiento dinámico, en realidad deberíamos hablar sobre el conocimiento diciendo que un suceso, en sentido amplio, es o asociándole una probabilidad de acontecimiento, no como es escuetamente, sin arropar además a esta descripción con una probabilidad de error asociada. La variabilidad de las cosas es la realidad, la verdad, que es la realidad, la que existe, es variable, e imperceptible de modo absoluto por causa de dicha variabilidad. La verdad por ello es frágil.

La indeterminación reside no ya en el conocimiento sino en la esencia de la propia «verdad» que ya voy a entrecomillar al referirme a ella en los sistemas naturales. Parece incontestable que la constante de gravitación está bien determinada, tal como está admitida, no la medimos cada vez que la necesitamos para conjeturar o para calcular la solución de un problema, es seguro que en cada aplicación hay pequeñas diferencias de estimación entre el valor tomado de modo estándar y el que se mediría en un lugar y momento determinados. En todo caso su valor no tendría porque usarse de modo inmediato, pero estamos educados en la convicción de que la constante no cambia o cambia poco y así la usamos.

La incertidumbre es inherente al comportamiento de los sistemas naturales, dicha variabilidad es la causa de la fragilidad en la predicción sobre el comportamiento de los ecosistemas. La percepción del holismo emergentista es una entelequia y consecuencia de la falta de sensibilidad en la percepción del comportamiento de los sistemas, por mucho que se gane en

sensibilidad, la falta de precisión sigue existiendo en las medidas de la naturaleza o incluso aumenta en las escalas pequeñas. Para percibir la verdad del sistema son precisas solamente tres cosas: conocer exactamente el número de elementos de que consta, saber cuantas relaciones se establecen entre ellos y la intensidad de dichas interrelaciones. Parece trivial pero un buen conocimiento de estas tres variables es casi imposible, lo que manejamos son aproximaciones o simplemente asunciones.

### **Un ejemplo de paradigma y su fragilidad en el conocimiento de los sistemas naturales.**

Al revisar la estructura del conocimiento de los sistemas naturales hay un paradigma que resiste un análisis fuerte, formal, el que constituye la base de la *Teoría genética*. El soporte básico de la *Teoría genética* es la existencia de una serie de moléculas ordenadas de modo consecutivo y poco variable, dicho orden está más o menos conservado, y se «lee» o se transmite de modo conservativo, en que se estructuran ordenadas dichas moléculas, influyendo en otros códigos (ADN-ARN-proteínas) que funcionan con la misma «disciplina». Se conoce además qué relaciones tienen entre ellos y la moderna metodología instrumental permite definir las con probabilidades de actuar de un modo determinado muy satisfactorio. No obstante el modelo carece de universalidad en la expresión de la intensidad de las relaciones y con frecuencia se encuentran excepciones a la teoría que insinúan que hace falta más investigación para perfeccionar el conocimiento, que dicho sea de paso progresa de modo veloz por las numerosas aplicaciones que tiene.

Con estas herramientas tan estructuradas y seriadas con suma regularidad, no parece que se puedan producir situaciones en que haya necesidad de explicar el comportamiento de dichos sistemas por efectos de emergencia, el sentir es que con los métodos de la genética molecular y el paradigma de los códigos alineados todo se podría predecir con modelos de interacción, la fragilidad reside en determinar las relaciones que existen y cuales no y en la medida de los efectos físicos de las interacciones en la variabilidad real del sistema portador de la información. No obstante el conocimiento de los procesos epigenéticos complica la solución puesto que una serie de procesos inexplicables, por el antiguo paradigma, necesitan la aceptación de la contribución de fenómenos exógenos al propio sistema genético interno, perdón por la licencia, para su explicación y su incorporación al conocimiento. Esto está claramente ligado con el principio de Gödel, y constituye una de las fragilidades de la teoría genética que, como ya he señalado, es fuerte en comparación con otras ramas del conocimiento de la naturaleza. La influencia del ambiente sobre la estructura genética cubre explicaciones a la manifestación de caracteres y su regulación que no se explicaban hace un tiempo y que no se hubieran aceptado porque sí, o porque la aceptación de ciertas explicaciones sonaba a Lamarck.

¿Y si Jean Baptiste Pierre-Antoine de Monet de Lamarck tuviera un poco de razón en su contribución a la teoría de la influencia del ambiente sobre la forma de los organismos pero no la hubiera sabido expresar a la medida de nuestra comprensión? ¿Es justo considerar a Lamarck un errado como se le ha considerado?, probablemente no. Finalmente pudo haber algo de obstinación en su opinión, la de no admitir que lo que él no dijera no debía considerarse, otros han sido así, Lamarck opina algo perfectamente suscribible hoy en día sobre la aplicación del método científico:

«...llegar a conocer bien un objeto, hasta en sus más mínimos detalles, consiste en comenzar por considerarlo en su totalidad, examinando, por de pronto, ya su masa, ya su extensión, ya el conjunto de las partes que lo componen; por indagar cuál es su naturaleza y su

origen, cuáles son sus relaciones con los otros objetos conocidos; considerarle desde todos los puntos de vista que puedan ilustrarnos sobre todas las generalidades que le conciernen.»

De ese modo, el conocimiento científico se establecería, rectificándose y ampliándose; acercándonos a conocer el «plan de la Naturaleza» y sus leyes.

La debilidad de Lamarck se subsanará con un conocimiento más profundo de los fenómenos epigenéticos, la fragilidad del paradigma genético para explicar la influencia del ambiente en la herencia será menor prácticamente con lo mismo.

No voy a postular a Lamarck, pero quizás el sentido de no ser crítico con el Darwinismo, del cual me considero conocedor, o del Neodarwinismo expresado con intransigencia, ha constituido una fragilidad del conocimiento de la que la *Teoría de la Selección Natural* indudablemente se ha visto afectada. Las palabras de un biólogo tan reputado como Theodosius Dobzansky que explicaba la teoría de la Evolución sobre la base de que los seres existentes en épocas anteriores eran ascendientes directos de los actuales, mediante cambios graduales y divergentes que aún se están produciendo, podría ser suscrita por todos nosotros y sin duda por Lamarck.

Parece que la fragilidad del sistema genético dándole una personalidad que indudablemente no tiene, consiste en haber pensado poco en Lamarck y la de la teoría lamarckiana en no haber conocido el Darwinismo. La reciprocidad no es simétrica. El reencuentro en el marco del paradigma epigenético da unas posibilidades espectaculares de desarrollo teórico y de explicar extremos del conocimiento que son aún frágiles. Hace unos veinte años el encuentro no era ni planteable, hoy en día es una revolución al modo khuniano de indudable trascendencia, ¿Hasta dónde? No se puede determinar, queda en la incertidumbre de la fragilidad que alcance la teoría.

### **La fragilidad del conocimiento se retroalimenta.**

Un análisis sencillo permite ver que una aproximación que mejora el conocimiento aumenta la incertidumbre en la predicción del funcionamiento del sistema genético puesto que en su totalidad intervienen factores ambientales impredecibles, algunos desconocidos, impensados, enormemente diversificados, que irrumpen desbocados en el orden paradigmático de la *Teoría genética*, nada sobre cuanto se necesita de cada uno de ellos, qué repercusiones tiene el efecto de cada factor externo en todos los demás..., nada sobre sus interacciones. Todo tendrá solución, resolver fragilidades crea otras nuevas, Giordano Bruno a su manera ya nos lo dijo y ¡yo que me alegro!: ¡*El error genera el conocimiento!*

La transmisión de esta idea sobre el trabajo teórico, es mal recibida por muchos colegas y sobretodo por los jóvenes en formación, unos y otros quieren opiniones sólidas, rocosas, inmóviles, no quieren que las cosas tengan respuestas cuya realidad se de con mayor o menor probabilidad asociada a la verdadera variabilidad e inestabilidad de la naturaleza real de los sistemas. Contribuimos al conocimiento con wikipeidias y apuntes entregados en PowerPoint para impartir cursos y para la formación registrativa, catalogada ni siquiera memorística de los aprendices. Las cosas ya no se saben, se sabe dónde pueden saberse, las cosas están en la memoria... de los sistemas informatizados. La reflexión solamente se hace con sistemas inteligentes, y descarto la destreza automática de los sistemas que relacionan extensos archivos

en forma de megadatos para apoyar la reflexión, el término correcto para denominar dichos sistemas no es inteligencia es el de capacidad. Su fragilidad es no prospectar posibilidades antilógicas como sugiere Feyerabend, su fragilidad esta también en su diálogo que es siempre determinado.

### **La Fragilidad genera la dialéctica.**

Termino como empecé, todo es frágil, la fragilidad del conocimiento de los sistemas naturales está en su propia condición. La propia verdad es frágil, y es frágil el conocimiento de la verdad, ello imprime a su explotación un carácter incógnito sugerente que pretende disminuir la incertidumbre de su predicción. Esta exploración confiere al conocimiento el carácter evolutivo que todo sistema dinámico necesita, a esto se le llama dialéctica algo que nutrió a generaciones, no liberales ni neoliberales, durante más de cien años para guiar su modo de pensar, dicha dialéctica tuvo tal capacidad que generó la antidialéctica que consiste en tener leyes, principios, normas, procedimientos y reglamentos como única y sólida guía y... vigilantes de todo el orden creado. Y, comento de paso, lo recurrente que ha sido y es la Historia en este sentido, órdenes que se imponen y desórdenes alternativos que permiten el salto o la substitución paradigmática, representando la suma fragilidad del sistema estructurado represivo que no soporta su propia variabilidad.

La duda básica lo es sobre los resquicios o las grietas que constituyen la fragilidad del conocimiento de los sistemas, no sobre el método intelectual para conocer, que no debe ser impuesto por razones de orden y tradición, debe ser aceptado solamente por sus éxitos en la contribución al conocimiento y no por su ortodoxia, a la que siempre se invoca, que casi siempre es sinónimo de dogmatismo intransigente.

*F. Xavier Niell Castanera es Catedrático de Ecología de la Universidad de Málaga.*

#### **Bibliografía.**

- Althusser, L.(1963) *Sobre el trabajo teórico:dificultades y recursos*. Anagrama, Madrid.  
Compté-Sponville, A (1998) *Penseés sur la connaissance*. André Michel, Paris.  
Dobzansky, T.; Ayala, F. J.; Stebbins G.L. and Vallentine J.W. (1977) *Evolution*. W.H.Freemann, San Francisco.  
Feyerabend, P. (1999) *For and against the method*. Chicago Press, Chicago.  
Khun, R. *What are scientific revolutions*. Chicago Press, Chicago.  
Lamarck, J.B 1986) *Filosofia Zoologica*. Alta-Fulla. Mundo i Científico, Barcelona.  
Mosterín J ed. (1961) Godel, K. *Obras completas*. Alianza editorial.



okña

P E D R O J . O K A Ñ A

# La fragilidad del Yo

Natalia Ramos Díaz

Cuando escuchamos la palabra fragilidad referida a un individuo, nos remite directamente a la persona vulnerable, quebradiza y tierna. Quizás, esta sea la razón fundamental por la que tratamos de escapar de nuestra fragilidad, haciéndonos cada vez más duros. En apariencia, más seguros, más poderosos... Optamos por adoptar una caricatura de nosotros mismos, una máscara tras la cual refugiarnos, que nos haga imaginar que nuestra ternura está a salvo de aquellas embestidas que la vida nos tiene preparadas.

Sólo los más pequeños tienen la osadía de presentarse al mundo absolutamente vulnerables, sólo ellos se entregan a la vida con el valor de un guerrero pero con el desconocimiento absoluto de los peligros que entraña el hecho de comenzar a respirar. Poco a poco, llegan los primeros traspies, las primeras decepciones, las faltas de amor de aquellos en los que más confiamos. Sin duda, el dolor experimentado por estas primeras experiencias debe ser intenso, pues nos lleva a empezar a colocar sobre nuestro cuerpo, durezas y protecciones que nos ayuden a esquivar las próximas sacudidas. Qué gran alivio siente nuestro yo cuando comienza a sentirse todopoderoso, cuando niega los peligros externos refugiándose en aparentes fortalezas, los golpes ya no lastiman, la vida parece menos amenazante y nosotros ahora somos los vencedores. Desde nuestra fortaleza estamos a salvo, salvados de caer en los brazos del amor, salvados de caer en el abismo de un mundo sobre el que sospechamos no tener ningún control. De este modo, cada día nos vamos apegando más y más a nuestras certezas, a nuestra imagen de nosotros mismos, empuñamos nuestra «espada» y declaramos la guerra a todo aquél que se interponga entre nosotros y la idea que nos formamos de nuestro particular forma de ver las cosas. Así cada día que pasa, nos vamos sintiendo más poderosos pero al mismo tiempo más solitarios, más separados del mundo. De manera que aunque seguros, la vida que antes nos llenaba de júbilo, ahora empieza a perder su color, su sabor, su intensidad. La vida que nos hizo abrir los ojos y empezar a respirar con fuerza, ahora carece de interés.

Un pájaro vuela libre sobre el cielo, todos sabemos que en cualquier momento puede quebrar su vuelo, sabemos que cualquier desalmado puede acabar con su pulso vital, pero es ajeno a lo que nosotros sabemos. Se eleva con fuerza, se lanza al vacío y hasta el mismo momento en que su corazón deja de latir, no podemos apreciar en él una pizca de muerte. Es un «ser vivo», «absolutamente vivo», «absolutamente vulnerable» y sin embargo, tan resistente. El pájaro no dispone de una máquina de pensar tan sofisticada como nuestra «mente». No anticipa peligros, no mira constantemente hacia atrás. Es un eterno vivir en el presente.

Pero nosotros somos diferentes. Algunos dejamos de «volar» o lo que es igual, dejamos de amar, de sentir, de vivir y de explorar. Tan asustados estamos, tan fuertes nos quisimos hacer, que nos volvimos muy frágiles. Algunos descubren justo antes de que su corazón deje de latir que hace muchos, muchos años, ya estaban muertos. Aquello que tanto temían no era nada en comparación con una vida sin vida, pero ya fue tarde, porque al hacerse «duros» se volvieron quebradizos y frágiles.

De este modo, la dureza del Yo te convierte en frágil, incapaz de saborear la vida en su máximo esplendor. El Yo transita la vida en una caja sobre la que pueden leerse los siguientes rótulos; *¡cuidado! material delicado, no acercarse, no exponer a la luz, no tocar, mejor no usar para evitar riesgos*. Duros sí, pero igualmente frágiles, expuestos a quebrarse ante cualquier golpe inesperado, ya que los imponderables de la vida no pueden controlarse. Esa es la mayor paradoja, que por más que nos refugiemos en nuestro pequeño ataúd nadie podrá garantizar que no seremos golpeados por la vida. Los golpes duelen de la misma forma, o quizás más, porque duelen antes incluso de ser recibidos, y además ese dolor nos impide sentir la dicha de estar vivos.

Afortunadamente, hay individuos con mucha más suerte. Cansados de no sentir sus emociones. Cansados de vivir ajenos al sí mismo. Mustios y marchitos por transitar una vida sin vida, decidieron rendirse, aceptar lo único cierto, su gran vulnerabilidad. Aceptaron ser sencillamente imperfectos, aceptaron su temor y finalmente se rindieron. Dejaron de luchar, abandonaron la idea de aferrarse a su particular modo de entender el mundo, decidieron dejar de controlarlo todo, se adentraron en la vida como un explorador que descubre un nuevo mundo. Lo más importante, dejaron de buscar afuera lo que siempre estuvo en su interior, se reencontraron, se amaron y permitieron que las cosas sucedieran. Descubrieron que lo único realmente valioso, lo único a lo que nadie debiera renunciar jamás es a ser, a ser ellos mismos. Aquellas personas que decidieron apartarse del ciclo interminable que transcurre ente la esperanza y el temor, dejaron de esperar que la vida fuera un camino reglado y con ello se adentraron en un universo único, de infinitas posibilidades.

La fragilidad del ser humano no existe, al menos sólo es un espejismo producido por nuestra pequeña mente, una mente que nos lleva a buscar la seguridad en lugares equivocados, que nos conduce una y otra vez a la desesperación, que nos hace sentirnos quebradizos y desconectados de todo cuanto hay a nuestro alrededor. Una mente que proyecta en el mundo una imagen limitada de nosotros mismos. Una mente que nos lleva una y otra vez a vivir las mismas experiencias, haciéndonos sentir presos de nuestro sufrimiento.

Que diferente sería este mundo, si alguien alguna vez, nos hubiera mostrado nuestra belleza. Si alguien nos hubiera hecho entender cómo para encontrar aquello que estamos buscando ahí fuera, la pasión, el éxtasis, el amor... sólo era necesario desplegar nuestro Ser auténtico, siendo precisamente el acto de buscar en el exterior, el que nos ha hecho imaginar que somos seres incompletos y por tanto carentes de valor.

*Natalia Ramos Díaz es Profesora del Dpto. de Personalidad, Evolución y Tratamiento Psicológico de la Universidad de Málaga*



SONIA PULIDO

# F o r e v e r 2 1

M a n u e l A r i a s M a l d o n a d o

Honor a aquellos que en su vida  
fijaron y defendieron unas Termópilas.  
(...) Más honor aún se les debe  
cuando prevén (y muchos son los que prevén)  
que al fin llegará Efiates  
y los medos por fin pasarán.

C. P. Cavafis, *Termópilas*.

## I

Nada más evidente a primera vista que la extrema fragilidad del ser humano y sus pobres artificios. Si nos paramos a reflexionar un momento y damos un paso atrás, es fácil tener la impresión de que todos nuestros empeños son vanos, cualquier propósito fútil a la vista de su caducidad inevitable. A fin de cuentas, todo lo que construimos está llamado a desaparecer, devorado por el tiempo. Ya decía Borges que el hombre es un muerto que habla con otros muertos -perspectiva desde la cual lo más razonable es seguir el consejo pascaliano y sentarnos en una habitación a dejar que pasen las horas. ¡Y si en esa habitación nos ponemos a leer a Beckett, la fiesta de la desesperanza es ya completa! Desgraciadamente, las ironías posmodernas sirven de poco cuando nos paramos a reflexionar sobre este asunto: hecha la broma, seguimos donde estábamos.

De hecho, es conmovedor ver cómo se afanan los hombres en sus quehaceres diarios, haciendo aquello que terminará por deshacerse. No es nueva la pregunta acerca de lo que les empuja a ello: por qué se rinden a la tentación de existir. ¿Es que no perciben la fragilidad de nuestra condición, la certidumbre de que todo puede derrumbarse repentinamente y que, de no hacerlo ahora, terminará por desaparecer más adelante? Con cierta regularidad nos llega noticia de desgracias irreparables: una joven madre es atropellada y fallece dejando dos hijas de corta edad; un espelólogo no regresa de la gruta en la que se había adentrado; un manuscrito monumental se quema en un incendio. En todos estos casos, se nos hace evidente *en un solo instante* que todo empeño es absurdo. Sería razonable bajar los brazos, pedir badera blanca, capitular de inmediato. Pero salimos adelante, nos decimos que así es la vida, que no somos nadie. Y volvemos a poner el despertador esa misma noche.

Más a menudo, no obstante, es el paso callado del tiempo el que pone sobre la mesa de nuestra existencia el aviso de su finitud y la evidencia de su fragilidad. La aparición de esta advertencia carece de reglas fijas, pero suele coincidir con el tránsito por la mediana edad, cuando se alcanza un momento en el que se empieza a tener más pasado que futuro. Su desencadenante puede ser la muerte de los progenitores, una arruga que el día anterior no estaba allí, incluso la feliz culminación de un proyecto que hasta hace poco nos llenaba y deja un formidable vacío tras de sí. Sea como fuere, se instala en nosotros una nueva gravedad, una conciencia distinta que reemplaza para siempre a la anterior y la convierte en objeto de nostalgia: quién tuviera veinte años, quién permaneciese intacto, quién regresara a aquel jardín. Vladimir Jankélévitch se ha referido a esta

*realización* como al momento en que el hombre y la mujer reflexionan por primera vez sobre el paso del tiempo: «Es la primera interferencia del tiempo vivido y del tiempo pasado por encima, el primer encuentro del hombre con su destino». Desde ese momento, la fragilidad de nuestra existencia se nos hace palpable y, decisivamente, descubrimos la diferencia que media entre la aprehensión intelectual de una verdad y su interiorización a través de la experiencia. No se trata de algo que hayamos leído, tampoco es cosa que nos hayan contado: es algo que *sabemos*.

También sabemos que ese conocimiento no es transmisible. De ahí la desazón que padece quien querría comunicar a sus descendientes lo que ha aprendido, para que no cometan los mismos errores. Pero los mayores serán desoídos, porque la característica del joven es precisamente carecer de la experiencia de vida que las admoniciones de aquellos contienen. Ya dice Kierkegaard que vivimos hacia delante, pero comprendemos hacia atrás. El joven bien puede definirse como la criatura que desconoce la fragilidad de la que son conscientes sus mayores. Y por eso protagonizan las revoluciones: sólo quien padece la ilusión de que hay futuro puede dedicarse a construirlo sin melancolía ni cinismo.

Reparamos poco, en realidad, en la curiosísima circunstancia de que distintas generaciones coexisten en el espacio social transportando una tan distinta visión de la existencia. En la misma plaza se sientan el adolescente idealista, el adulto desencantado, el anciano resignado. Acaso la sociedad misma no sea sino un complicado sistema de compensaciones que opera entre quienes son conscientes de la fragilidad humana y quienes viven ajenos a ella, confiados en su belleza y la plenitud del tiempo que les resta. Pero, por otro lado, acaso haya que celebrar semejante intransmisibilidad, porque la juventud constituye una tregua que no merece ser arruinada por quienes ya no la poseen y –seguramente– la envidian.

Sin embargo, sea como fuere, el tiempo es cada vez más escaso. Menudea, además, cuando más lo necesitamos, porque creemos haber aprendido a aprovecharlo. Hans Blumenberg se ha referido con perspicacia a la observación del *Apocalipsis* de San Juan según la cual el mismo diablo sabe que le queda poco tiempo. Anota el filósofo alemán: «siempre menos tiempo para cada vez más posibilidades y deseos». Tradicionalmente, se opone a esta grave circunstancia la necesidad de cobrar conciencia de nuestra fugacidad, a fin de aprovechar más el tiempo que nos ha sido dado –algo así como un llamamiento a *disfrutar* de esa nuestra radical fragilidad, un *carpe diem* bienintencionado y voluntarioso.

Pero no se ve cómo esta conciencia podría proporcionarnos ninguna ventaja. Y ello por una razón muy sencilla: no importa cómo desarrollemos nuestra vida, qué forma le demos, al final reinará en nosotros la sensación de haberla desaprovechado, de habernos equivocado en todo. Se trata de una ilusión óptica, causada por la proximidad de nuestro final; el arrepentimiento es, en realidad, un *lamento*. Su forma es universal: *Si hubiera hecho esto en vez de aquello*. Ahora bien, incluso si esa conciencia nos proporcionase un mayor disfrute, si pudiéramos abstraernos del tiempo para dedicarnos al ocio o la creación, embebidos en ellos, como sugiere Jünger al referirse a las horas que el reloj no mide, volveríamos a enfrentarnos al drama una vez hubiésemos despertado. No hay, en realidad, salida. Somos frágiles, porque somos tiempo. Y nada puede cambiar eso.

## II

Sin embargo, la proposición filosófica según la cual el ser humano es una criatura frágil y frágiles son sus empeños puede –dando aún otro paso atrás– ser refutada. Tan acostumbrados estamos a contemplar la existencia desde la jaula de oro de nuestra individualidad, que perdemos de vista la extrema *resistencia* que distingue a la humanidad como tal. ¡No es el hombre, es la especie! Es difícil reparar en ello, inclinados como estamos hacia la introspección, hacia el hábito solitario de razonar a partir de nuestras circunstancias particulares y finitas. Semejante introversión constituye,

bien mirado, un lujo hasta hace poco tiempo inconcebible. De manera que entristecerse un domingo por la tarde es una desgracia personal, pero *poder hacerlo* es un éxito colectivo.

Va de suyo que eso en nada alivia a quien padece los melancólicos rigores del domingo: pobres son las consolaciones de la antropología. Resulta preciso situarse a una altura superior para razonar de otra manera. Si miramos hacia atrás, océanos de tiempo se hacen visibles ante nosotros, vislumbramos un larguísimo pasado durante el cual la humanidad emerge lentamente de entre las sombras y se distingue del resto de la naturaleza. Hay una formidable protohistoria épica que media entre la horda y el agua corriente. Millones de especies se han extinguido entre tanto, pero el ser humano ha prevalecido y desbordado su nicho ecológico.

Creced y multiplicáos: el mandato genesíaco no rige *hacia delante*, como algo que la humanidad hubiera de llevar a término, sino *hacia atrás*, como una justificación moral del trabajo de especie ya hecho. Paleontólogos y biólogos siguen discutiendo las razones de esa perseverancia, la causa mayor que provoca el *salto* humano: el aumento del tamaño del cerebro, el uso del lenguaje, la especialización tecnológica. En cualquier caso, sucesivas generaciones de homínidos han poblado la tierra y la han hecho suya, desarrollando una organización social crecientemente sofisticada donde la violencia y el abandono recíproco juegan un papel cada vez menor. ¿Qué es la crisis del Estado del Bienestar, al lado de un combate a muerte entre hordas paleolíticas armadas con hachas de sílex?

Tiene dicho Peter Sloterdijk que el hombre es, ni más ni menos, aquel animal que fracasa a la hora de ser un animal, de seguir siendo un animal. Su extraordinaria capacidad de adaptación lo convierte en un coloso si lo juzgamos *desde el interior* del mundo natural, un mundo que parcialmente ha logrado abandonar. El hombre es el animal *triunfante*. Y la mejor prueba de ese triunfo es el refinamiento con que se contempla a sí mismo y cuestiona las acciones pretéritas que lo han llevado a donde está: el daño medioambiental, la violencia, la esclavitud. Hablamos así del desarrollo de un estilo *reflexivo* que incluye la autocrítica. Es verdad que los individuos mueren y las civilizaciones perecen; pero la especie sigue adelante, con un movimiento cada vez más virtuoso, más grácil, más rico.

No es precisamente esto lo que se oye en las tabernas. Para la mayoría, las cosas van cada vez peor y la catástrofe se aproxima a velocidad acelerada. A estas alturas, podemos estar seguros de que el poderoso mito del fin del mundo nunca dejará de seducirnos. Hay razones para el malestar, qué duda cabe. Subsiste la pobreza, siguen cometiéndose asesinatos, existe el maltrato animal; pero es inobjetable que las condiciones de vida -pese a ocasionales retrocesos- mejoran en lugar de empeorar. ¿Por qué no lo entendemos así? Son numerosos los sesgos cognitivos que nos hacen percibir la realidad peor de como es; el pesimismo parece inscrito en el código de la especie. Incluso, según las últimas investigaciones, nos vemos más feos de lo que somos. Probablemente, esta suerte de cautela perceptiva cumpla funciones útiles a la supervivencia, al inyectarnos una *tensión* sin la cual habríamos desaparecido hace tiempo: mientras la felicidad adormece, la insatisfacción nos mantiene despiertos. O eso creía Hegel.

### III

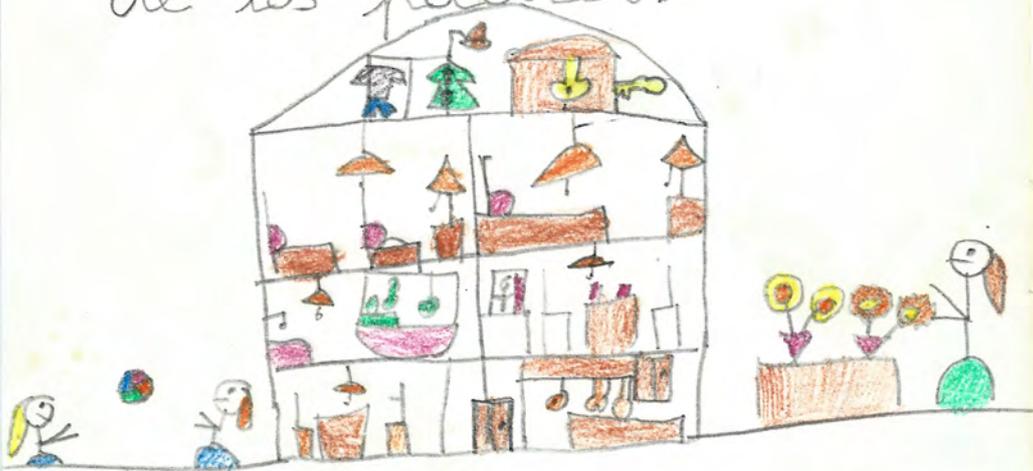
¿Fragilidad del ser humano? De alguna manera, todo depende del ánimo con que nos levantemos cada mañana: el sol que entra por la ventana puede parecernos de una insoportable luminosidad o poseer la tonalidad perfecta para el más hermoso de los días. Y aunque ese día -sea pleno o desgraciado- terminará también por pasar, otros disfrutarán de los venideros.

*Manuel Arias Maldonado es Profesor Titular de Ciencias políticas de la Universidad de Málaga.*

30-11-87

## Poesía

La casa tiene gente.  
la gente tiene dormitorios.  
los dormitorios tienen muñecas  
los muñecas son de los  
niños y los niños son  
de los padres.



CAVA M<sup>a</sup> Pedrosa Moliz )  
2<sup>a</sup> A

# El corazón frágil

H e r m i n i a L u q u e

El *corazón* de la obra literaria –o artística o musical o científica o filosófica– es el acto de su propia creación; acto que es el origen de la obra y sin el cual no existiría. Ese corazón de la obra literaria es el núcleo desde donde se expande y llega a alcanzar toda la potencia de su significado –o la miríada de significados que puede llegar a tener la auténtica literatura. Es el centro preciso y a la vez nebuloso (¿sabe uno dónde tiene exactamente el corazón?) desde donde se origina toda su energía comunicativa, toda su eficacia, toda la belleza que posea también.

Ese acto de creación está oculto, yace en el interior de la obra final, desviando así la mirada sobre una cualidad que es su esencia: la fragilidad. Pues la creación surge en el filo preciso entre lo necesario –lo que piensa el creador que es– y lo perfectamente prescindible –lo que el mundo, el resto de las personas piensa. En ese inexistente equilibrio surge la creación. No hay equilibrio entre todo lo que se confabula, pesa y actúa para que la obra no sea, y todo lo que ha de hacer el creador para que la obra sea. La desproporción es inmensa. Los antiguos no dudaban en apelar a los dioses para tratar de comprender esa fuerza sobrehumana, ese raro ímpetu que alumbra la creación literaria. La cooperación del dios, pensaban, era necesaria para vencer todos los obstáculos; para que la creación fluya con la facilidad propia de lo que ha de nacer sin remedio, porque no ha lugar otra cosa. Lleno del dios, poseído por un dios, pleno de entusiasmo –*enthousiasmos*–, llaman al poeta inspirado, al que posee un poder negado a otros mortales, el poder de crear una obra hermosa, inspirada, que puede asomarse –rara cualidad– a cierto tipo de inmortalidad propia de mortales: la de sobrevivir a su propio creador. El poeta, dotado de esa fuerza creadora, habla por la boca del dios y conoce pasado, presente y futuro. La obra recoge esa densidad temporal y la atesora; en ella resuena para siempre la voz del dios una vez desaparecida la mortal carne que le otorgó su primera resonancia.

La creación es así videncia y premonición, arrebató y necesidad absoluta. La teoría romántica del genio volverá a regodearse en la noción clásica de creación inspirada o entusiasta. La creación puede adquirir así el marchamo de absolutamente necesaria; la literatura puede erigirse en ideal absoluto. Un absoluto por oposición a ese ente relativo, frágil y quebradizo que es el propio creador, el propio sujeto que crea, carne frágil al fin y al cabo.

Esa concepción del acto creativo –divino e irrefrenable, potente e inexcusable– apenas puede pervivir a la luz de los conocimientos actuales. La psicología cognitiva y las neurociencias nos conservan, no obstante, la salvedad de un momento luminoso –el momento *eureka*, el *ajá* de la solución hallada, de la intuición visualizada– que carece aún de una explicación rigurosamente científica. Existe, pues, ese hallazgo fructífero, esa idea maravillosa que puede expandirse hasta convertirse en una obra completamente hecha, dotada de significado y relevante dentro de su campo de conocimiento –de la literatura en este caso. Pero también las ciencias nos advierten de la insuficiencia de ese acto. La experiencia nos refuerza esa severa admonición: esa intuición imprescindible, ese momento de alegría creadora, esa visualización de la obra por realizar es sólo una parte del proceso creador. Por sí misma resulta insuficiente. Hacen falta otros pasos en ese

proceso, unas circunstancias determinadas para que llegue a fructificar. De ahí la fragilidad de la creación, las inmensas posibilidades que tiene de quebrarse, de no llegar a ser, de quedarse en el camino.

Por un lado, la creación depende de mecanismos no controlados absolutamente por el creador –esa intuición, esa inspiración, ese hálito *divino* no dado en la misma proporción a todos los humanos. Y por otro, no es un proceso instantáneo; necesita un trabajo inmenso que circuya esa inspiración. Hazlitt, crítico romántico, admite: *La poesía es el bien labrado entusiasmo de la fantasía y los sentimientos*. Labrado, laboreado como un campo que necesita constantes y premiosos trabajos para dar sus frutos. El trabajo ha de ser evaluado por el creador, no sólo en su conclusión, sino a lo largo del proceso; evaluado, redirigido, vigilado, cambiado en ocasiones. O desechado.

Asimismo, el escritor ha de poseer una formidable preparación, una pericia y un control absolutamente necesario de las herramientas de su trabajo. Eso implica el aprendizaje de unas reglas, unas normas, unas técnicas que son las que luego le proporcionarán la libertad para su creación, la libertad de romperlas incluso. Pero no podrá prescindir de esa formación, de esa preparación. Una preparación, las más de las veces, para un trabajo que nadie le ha pedido, para una obra no necesaria en el mundo. Qué falta le hace al mundo un poema o una narración más: ninguna. Sobre esa escandalosa premisa –el carácter no necesario de su obra– ha de construir su obra un autor, ha de modelarse a sí mismo como escritor. Pues aunque haya escuelas y manuales para aprender el oficio, hasta la presente, la de escritor no es una profesión más que en los estadios finales, en los del reconocimiento y la valoración de una obra –con el consiguiente trasunto económico. Entre que lo consigue o no, la labor del escritor ha de hacerse entre la mordedura al polvo del fracaso y el mordisco a una aérea felicidad –una felicidad real pero privada, íntima–, la felicidad del propio hecho de crear.

La tenacidad, el tesón, la perseverancia han de erigir sus muros de protección para el delicado tejido de la creatividad. Un tejido casi invisible, dotado de cierta irrealidad, escondido –como el corazón– en el centro del organismo. Y presto siempre a perecer, a necrosarse ante los asedios de necesidades más perentorias, a esclerotizarse ante la falta de vigilancia y cuidado. Cuántos talentos no han sucumbido en *ciénagas de ignorancia*, en *desiertos de indiferencia* –las metáforas son de un psicólogo de la creatividad, Mihaly Csikszentmihalyi–; en las duras condiciones de un aprendizaje insuficiente o en un ambiente asfixiante, carente de estímulos o impulso alguno.

Escribir es resistir, asegura de forma contundente la escritora Rosa Montero. Escribir no es en sí mismo una heroicidad pero sí implica una capacidad de resistencia, un esfuerzo sostenido a lo largo del tiempo –no late un corazón por temporadas, la persistencia es su razón de ser. Un esfuerzo persistente, un entrenamiento constante.

No basta tampoco con un disfrute privado de la creación literaria. Miente como un bellaco el que dice que sólo escribe para sí –lo único que escribe uno para sí es la lista de la compra, dice Umberto Eco. No se puede eludir esa premisa esencial: la literatura es un acto comunicativo. Es una necesidad expresiva, es un gozo en su creación, pero está hecha para ser compartida. En algún momento, el panadero que disfruta amasando, horneando el pan, viendo la riqueza cromática de su corteza, el cálido olor que emana, ha de desprenderse de él y saberlo en boca de



BEATRIZ SERRANO SOLANO

otro. Puede quebrarse también la obra de creación, desaparecer definitivamente por falta de recepción, si el pan literario no llega al que hambrea de letras. El acto de creación puede inhibirse o ser cercenado por completo si el creador sabe de la inutilidad de sus resultados. El creador, el escritor puede convencerse de la necesidad de hacer desaparecer su obra –Virgilio y Kafka, desobedecidos. O puede convencerse, de igual modo, de la necesidad de desaparecer él mismo –frágiles vidas de creadores que apostaron por la salvación de la palabra pero no por la de su vida.

La fragilidad de la creación nace además de la propia fragilidad de la máquina cognitiva. Un delicadísimo órgano, el cerebro, centraliza y dirige las experiencias del sujeto creador, las concentra en la medida necesaria para conseguir, en el corazón de esa finta de creatividad, un hecho relevante desde el punto de vista literario. Pensar, nos dicen los neurocientíficos, *es una cosa*: una secuencia de coreografías de activación neuronal que pueden verse y medirse con tecnología concretas –la resonancia magnética, por ejemplo. Crear es de suponer que también *es una cosa*. Aunque ignoremos cómo rellenar ese foso entre el plano psicológico –lo pensado, lo imaginado, lo creado– y el plano biológico –esos complejos haces neuronales y dendríticos, esas débiles aunque fehacientes respuestas eléctricas. La creación se origina en un lugar del que desconocemos en verdad cómo funciona. Ni la creatividad propia ni mucho menos la ajena –eso a pesar del intenso entrenamiento que poseemos los humanos en tratar de descifrar la mente de los demás; puede, incluso, que ahí esté el origen del lenguaje, como se nos dice en *El sello indeleble*.

El corazón frágil de la creación es, además, oscuro. No es la fragilidad transparente de un vidrio, sino un latir oscuro y sensible lo que caracteriza a la creación. El latir conjunto de la imaginación y el conocimiento, la fantasía y la disciplina verbal –o cómo prescindir de la adecuación sintáctica, la densidad semántica de los vocablos, las mismas reglas de la ortografía, sin lesionar gravemente la inteligibilidad de un texto–, de la magia demostrada al modo geométrico y de las normas usadas creativamente. El latir de ese órgano frágil que es la creación –el *corazón frágil* de la literatura. Tan racional como desmesurado, tan efervescente como medido y pensado. Tan vivo, al fin y al cabo.

*Herminia Luque es escritora.*

#### Bibliografía

- ARSUAGA, Juan Luis y MARTÍN-LOECHES, Manuel. El sello indeleble. Pasado, presente y futuro del ser humano. Barcelona, Debate, 2013.
- CSIKSZENTMIHALYI, Mihaly. Creatividad. Barcelona, Paidós, 1998.
- ECO, Umberto. Sobre literatura. Barcelona, Random House Mondadori, 2005.
- HAZLITT, William. Ensayos sobre el arte y la literatura. Madrid, Espasa-Calpe, 2004.

#### Artículos

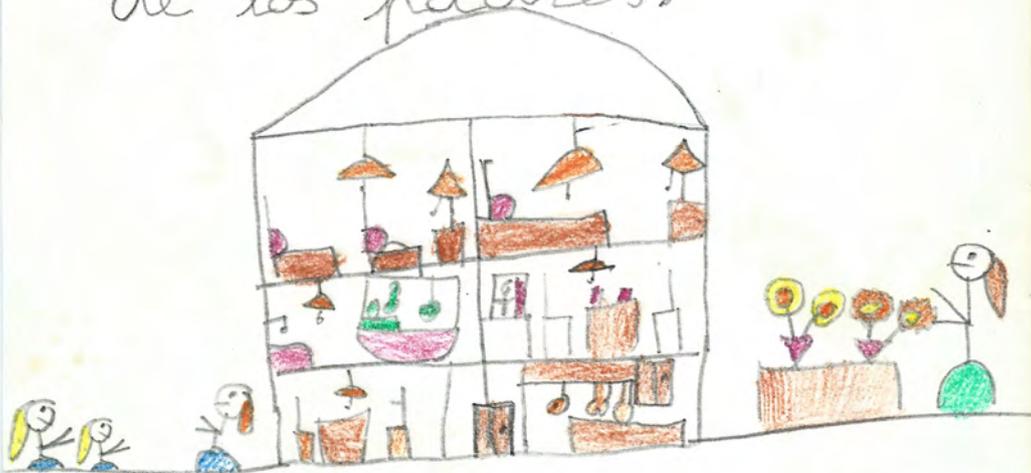
- MONTERO, Rosa. Escribir es resistir. Diario El País, 28 de abril de 2008.
- SAMPEDRO, Javier. La verdadera interpretación de los sueños. Diario El País, 4 de abril de 2013.

30-11-93

Poesía

La casa tiene gente.  
la gente tiene dormitorios.  
los dormitorios tienen

niños y los niños son  
de los padres.



ANA M<sup>a</sup> Pedrosa Moliz

# Cristal en vilo

## (el desvalimiento creativo)

### Raúl Díaz Rosales

*Héteme aquí ante estas blancas páginas  
—blancas como el negro porvenir: ¡terrible  
blancura! — buscando retener el tiempo que pasa,  
fijar el huidero hoy, eternizarme o inmortalizarme  
en fin, bien que eternidad e inmortalidad no sean  
una sola y misma cosa.*

Miguel de Unamuno

Confesaré que no temo demasiado la página en blanco. O al menos no es el miedo que, como escritor, me paraliza con mayor eficacia. Una página sin marcar, abierta, es solo una invitación a crear, sin cortapisas, un comienzo donde no hay aún un error y la perfección como objetivo es alcanzable. Me preocupa enormemente, en cambio, la página escrita. La acabada. La que ya no es susceptible de enmienda: aquella que es el resultado de la satisfacción del escritor seguro de sí mismo, pero también la certificación de la derrota, del abandono de los que no creemos nunca que nuestra brújula marcara un buen norte. Pienso en la primera palabra y en lo alejada que podía estar del punto de partida correcto, y es entonces inevitable temer que cada una de las restantes decisiones posteriores puede haber ayudado a alejarme aún más de aquello que quería escribir. Si la página en blanco nos permite creer momentáneamente en la genialidad de nuestra escritura, la página acabada nos muestra sin discusión posible la ingenuidad de nuestro deseo. Cada trazo de tinta sobre el papel entendido como una cicatriz: podemos así concebir las heridas de la escritura como prueba de nuestra mortalidad y falibilidad creativas.

La personalidad del escritor se fragua en un ambiguo terreno: que esta supere en importancia a la de sus escritos no puede ser más que una constatación de un fracaso del proyecto creativo. Al fin y al cabo convertirse en personaje tiene algo de impostura o de utilización aprovechada de crítica o público. Convertirse en poeta maldito o raro (con mayor o menor consciencia y voluntad) implica el riesgo de la reivindicación mayoritaria de la biografía, y, consecuentemente, cierta dosis de indiferencia hacia la obra. No puedo evitar considerar el uso de algunas etiquetas como la creación de un cupo de orientación benéfica, como si condescendientemente no exigiésemos a la obra su propia defensa, cuando será ella la llave. Como quien empuja un trineo antes de subirse en él, ser creadores puede exigir promoción, exposición pública, pero debemos confiar en la inercia positiva de la obra, que marque un movimiento al que sumarnos como escritores.

En Hermann Melville y su *Moby Dick* sería posible rastrear una hipotética reconstrucción de la persecución del escritor y la obra que considero en mi caso muy certera: atento, pendiente de una captura larga, extensa, con demasiadas bajas, se trata de una *Ítaca* que nos plantea el desafío de evaluar viaje y destino en las coordenadas de inmortalidad. Porque un escritor ambicioso ansía

presenciar su triunfo, pero un escritor que realmente aspire a la inmortalidad no puede más que asumir que los indicios de éxito o fracaso que obtenga en vida pueden ser absolutamente contradictorios y en absoluto certeros. ¿Qué queda del Premio Nobel de Benavente? ¿Habría asumido con mayor paciencia su precaria situación Cervantes previendo su fama inmortal? Como un testamento que periódicamente se leyese tras la muerte, con sutiles o sustanciales variaciones, surge el enigma de la posteridad como tortura.

Miguel de Unamuno, habló de escritores ovíparos y de escritores vivíparos. Y quizás haya que posicionarse: la construcción meditada de la creación planteada como ejercicio meditado y consciente de arquitectura o el parto doloroso de una dilatada gestación, donde la febril consecución de la escritura no admite una intelectualización correctora. (Obviamente, frente a la tranquilidad que proporciona la dicotomía blanco/negro sabemos que nos habita una escala de grises). El poeta malagueño José Antonio Padilla puso como lema al frente de su selección de aforismos *Colección de olas* las palabras de Macedonio Fernández: «Suprima, corrija, pero en lo posible que quede algo»<sup>1</sup>. Es la corrección la que define la obra maestra, la atención al detalle fundamental. Qué envidiables los escritores que afirman que el poema se escribió solo, que en su novela los se construyeron autónomamente y que él solo tuvo que seguir la senda que le marcaban. Otros, en cambio, con un universo creativo sea más tímido o más perezoso, han de asumir el grotesco papel del dentista aferrado a la muela del juicio.

Sin duda, la fragilidad ante la creación tiene que ver con la incapacidad para manejar obsesiones. Una obra maestra como *Loveless* (1991), de la banda irlandesa My Bloody Valentine, supone un ejemplo extremo de esa búsqueda constante de lo sublime. Un proceso de grabación que se comenta que supuso la bancarrota de su discográfica (Creation), donde el líder de la banda, Kevin Shields, dedicó seis días a grabar panderetas que solo iban a escucharse durante un solo segundo de la grabación. La necesidad de la emoción precisa puede suponer un estímulo o convertirnos en Sísifos. En cualquier caso, una apuesta arriesgada pero que les consagró como página imprescindible de la historia musical. Aunque también la búsqueda de la perfección, en ocasiones sumamente paralizadora, ha deparado que innumerables obras maestras en potencia, hayan sucumbido a un canto que paradójicamente condena al silencio.

«El poema es el espejismo del poema que soñamos», afirmó el escritor malagueño Rafael Pérez Estrada. Encontrar la obra publicada, inmodificable como un álbum de fotos antiguas, moviliza en ocasiones las etapas del duelo, desde la primera negación hasta la aceptación de que estos eran nuestros límites. Porque un fracaso privado es algo digerible, pero el desafío para un escritor reside en la notificación pública de un error. Puede que escribamos para nosotros mismos, pero solo publicamos para los demás, pensando en un receptor.

En *La maleta de mi padre*, discurso leído por Orhan Pamuk al recibir el Premio Nobel de Literatura (2006), relató una visita de su padre. Cargado con una maleta, con un pudor que maquilló con indiferencia, le informó que el contenido del equipaje no era otra cosa que escritos suyos. Le pedía a su hijo que los leyese y, en caso de que hubiese algo de valor, lo publicase. Había timidez en sus palabras, una forma de desnudez ante su hijo mostrando su creación. Creo que aquí, de la forma más nítida, reside la fragilidad del ser escritor, la exposición al rechazo, pero la inevitable necesidad de afrontar una lectura pública. No cabe duda de que podemos escribir para nosotros mismos, pero el ejercicio de publicar siempre tiene en mente un receptor, externo, ajeno y extraño a nosotros, pero con el que indudablemente ansiamos construir un vínculo (Gabriel García Márquez afirmó que escribía para que le quisieran). La escritura, en la plano de la creación artística entendida como proceso de comunicación, se basa en el principio de cooperación, en la buena fe de quien se acerca a la obra; pero indudablemente, en el proceso de libertad que implica, debemos asumir el rechazo, educado o visceral, la indiferencia o la invisibilidad.

---

1. José Antonio Padilla, *Colección de olas*, CEDMA (col. Puerta del Mar), Málaga, 2004.

Algunos ejemplos: Arthur Conan Doyle decidió matar a Sherlock Holmes cansado de la relevancia de su creación, y la venganza no pudo ser más cruel: fue esa propia relevancia la que provocó el clamor y protesta del público, que le obligó a resucitar al hijo. Fue la madre de John Kennedy Toole quien consiguió que el manuscrito de *La conjura de los necios* viera la luz tras el rechazo continuo que coadyuvó a su suicidio: un éxito editorial y un Pulitzer póstumos cierran la historia. La petición de Franz Kafka —destrucción de todos sus manuscritos— fue desoída por Max Brod, que salvó así su legado y enriqueció también sobremanera la historia de la literatura. Hay situaciones más banales: la lectura de las respuestas de las editoriales<sup>2</sup>, negociar un adelanto editorial, la reseña o el comentario en cualquier blog. Como síntoma de extrema fragilidad, el inevitable sentimiento de ternura ante un escritor sentado, solo, en una firma de libros. Convencido de que sin duda habría un lector ideal para su obra pero dudando de la posibilidad de que coincidieran en tiempos y espacios.

En el discurso citado, Orhan Pamuk definió el proceso de escritura como un hombre sentado solo en una mesa. Esa soledad que posibilita una apuesta decidida por una obra, supone la constatación de la fragilidad del escritor. Un dios en su mundo creativo que probablemente flaquea, en ocasiones tentado a abandonar agnóstico e incluso ateo, abrumado por la posibilidad de fracaso, pero también. Como quien crea un paraíso y teme la huida voluntaria de Adán y Eva, así el escritor pule y mimosa su obra, deja en ella parte de sí, por eso las obras son autobiográficas: siempre hablan de uno mismo, de lo que uno es como escritor.

Una copa de cristal al borde de la mesa, a expensas del temblor que produce una emoción cualquiera, que puede aposentarla o dejarla caer al vacío. Así el creador observa brillo y fragilidad, desvalido ante el futuro de su obra, en vilo ya para siempre ante el roce de cualquier nueva mirada.

*Raúl Díaz Rosales es poeta y Doctor en Filología*

---

2. Así definía T. S. Eliot su trabajo para una editorial: «Me pagan para evitar que se publiquen tantos libros como sea posible».

30-11-98

Poesía

La casa tiene gente.  
la gente tiene dormitorios.  
los dormitorios tienen

niños



ANA M<sup>a</sup>

MOLIZ

# Todo es l í q u i d o

Enrique Benítez Palma

Hagamos un ejercicio intuitivo y pensemos en objetos y cosas a las que llamaríamos «frágiles». Posiblemente vengan a nuestras cabezas las imágenes de un jarrón, de una vajilla, de algo de cristal. Objetos que se pueden romper con cierta facilidad. Objetos que quedan inservibles después del trágico accidente, de la negligencia, del descuido. Adornos, quizás cosas superfluas. La fragilidad esconde determinadas cualidades sobre las que poco o muy poco nos hemos parado a reflexionar. No hay marcha atrás cuando se rompe un objeto frágil. Se recogen los restos y se tiran a la basura. No hay posibilidad de reconstrucción. No hay segundas oportunidades para las cosas frágiles, precisamente porque son frágiles. Por eso hay que cuidarlas, tener cuidado con ellas, preservarlas de la agresividad. Lo frágil se protege, porque una vez destruido ya deja de ser, para siempre.

También puede haber ecosistemas frágiles, y personas frágiles. He conocido a muchas. Pero con ellas se abusa de este concepto. Suelen ser personas sin espíritu, sin fuerza. Personas sin confianza en ellas mismas, con miedos, con muchas dificultades para acometer retos, pequeños o grandes. Personas con miedo al fracaso, sin el coraje necesario para dar ese paso adelante que está en la base del progreso humano, individual y colectivo. ¿Puede romperse una persona en mil pedazos? Claro que sí. Puede hacerlo el dolor, la maldad, la violencia desatada, las circunstancias de la vida. Como los objetos frágiles, las personas nos rompemos de golpe. No es un proceso lo que nos rompe, sino un golpe, un acontecimiento, un instante puntual e inesperado. Y como un hueso, sientes cómo te has roto por dentro, a quien le ha pasado puede contar cómo ha sentido ese chasquido, y cómo desde ese preciso momento su vida ha cambiado, de repente, rota, descompuesta, destrozada.

Es curioso. Investigas a través de Google sobre la idea de «fragilidad social» y te lleva a las personas mayores. Encuentras enlaces a páginas e investigaciones sobre geriatría, sobre osteoporosis. Es un concepto material de la persona, del ser humano: el hombre se vuelve frágil cuando envejece, cuando su cuerpo es frágil, cuando sus huesos son débiles, cuando puede romperse físicamente. Pero la fragilidad puede tener muchas otras lecturas, y no parece bien resuelta esa contradicción entre lo que entendemos por una persona frágil –algo que suele referirse a su estado de ánimo, a su fortaleza interior- y esa revelación que nos traslada Google sobre la condición estrictamente física de la fragilidad humana.

Pensaba encontrar otras entradas al buscar en las redes algo sobre la fragilidad social. Por ejemplo, cuestiones sobre la crisis económica y sus efectos sociales. Reflexiones sobre las decisiones que se toman en la economía y sus efectos sobre las personas, individualmente o en sociedad. Dos profesores británicos acaban de publicar un libro realmente estimulante (*Por qué la*

*austeridad mata. El coste humano de las políticas de recorte*) y en él sus autores –David Stuckler y Sanjay Basu– nos hablan de Historia, de Resistencia, y de la necesidad de «curar el cuerpo económico». «Cuando pensamos en el cuerpo económico –dicen estos investigadores–, intentamos entender cómo afectan los presupuestos y las opciones económicas de los gobiernos a la vida y la muerte, a la resistencia y al riesgo, de poblaciones enteras de todo el mundo».

Este libro, esta idea, supone un giro radical en nuestra forma de ver la vida. Porque, hasta ahora, nuestra idea era que los gobiernos nos protegían de las inclemencias económicas y políticas. La política nos resguardaba de las tormentas pasajeras. Lo público era nuestro paraguas, lo público nos daba seguridad. Nuestra fragilidad, como personas y como sociedad, encontraba alivio en las decisiones de los gobiernos, ya que han sido las políticas básicas de la socialdemocracia y la extensión del modelo del estado del Bienestar lo que nos ha traído hasta aquí y lo que se ha convertido en un referente para millones de personas de todo el mundo. Lo dijo Lula, hace pocos meses, en octubre de 2011, en la Conferencia Progreso Global celebrada en Madrid de la mano de la Fundación IDEAS: «El mundo no tiene derecho a permitir que la Unión Europea acabe porque es Patrimonio Democrático de la Humanidad».

De eso se trataba. De proteger a los más débiles. De dar más a los más vulnerables. A crecer sin que nadie se quedase atrás, sin personas arrojadas al arcén de la vida. Había un modelo europeo, el que todos querían, el que todos admiraban, y un modelo americano, dual, atroz, insensible, con triunfadores y perdedores, sin apenas justicia social. Un modelo paliativo y un modelo darwinista. Y de repente, en cuestión de años –una infinitésima parte de la Historia– el modelo americano se ha convertido en el modelo chino, y el modelo europeo no tiene más futuro que su propia muerte, anunciada y planeada por sus ciegas élites económicas.

Ahora, por tanto, lo que nos protegía nos ataca. Lo que construía nuestra tranquilidad, se ha convertido en la amenaza. Los gobiernos, cegados por una visión ultraortodoxa del orden económico, han decidido que la fragilidad colectiva favorece el crecimiento y la competitividad. Hay que ir más rápido, hay que remar más fuerte. Y para ello sobran quienes no aportan. Miles de personas han pasado a ser un lastre para el sistema, siempre según la pervertida mirada de los líderes. Los derechos sociales y laborales deben pasar a la Historia. No nos sirven las herramientas del bienestar. Suponen acomodo en un mundo hostil. Como en tiempos de nuestros antepasados, volvemos a la ley del más fuerte. Como en la Naturaleza, sólo está llamado a sobrevivir quien se lo merece. La debilidad te condena. La fragilidad es una sentencia de muerte.

Se ha roto, por tanto, el statu quo. Las instituciones, cuya existencia se había diseñado para proteger lo colectivo, han vuelto sus cañones contra su propia razón de vida. Lo explicó hace años con maravillosa clarividencia David Anisi en su libro *Creadores de escasez*. Lo contaba con una sabrosa anécdota: el dinero es como un cuchillo jamonero. No es más que una herramienta. Será beneficioso en la medida en que se utilice adecuadamente. Tan simple, tan expresivo, tan fácil de entender.

El dinero manda. La rentabilidad es más importante que la educación. El déficit público preocupa más que la mortalidad infantil. La corrección de los desequilibrios macroeconómicos

debe conseguirse por encima de todo, a costa del empleo, del hambre, de la incertidumbre de miles, millones de personas, que además se enfrentan a la pérdida de su condición de ciudadanos, alejados de la toma de decisiones, centralizada ésta en los sanedrines del poder económico.

Manda la economía, y con ella su lógica perversa. Hay que proteger la riqueza. Hay que legislar a favor de la riqueza. Hay que crear riqueza. Pero ya no se habla de la distribución de la riqueza. Es curioso. Ya sabíamos que los causantes de la crisis, los financieros –como ha denunciado en sus libros J. K. Galbraith una y otra vez– han vuelto a salir indemnes, pero lo que de nuevo habíamos olvidado es que las crisis económicas favorecen la concentración desmesurada de la riqueza existente si no nos dotamos de mecanismos políticos que lo eviten. Y en esta ocasión, las decisiones políticas –secuestradas de la auténtica opinión pública manifestada en cientos de calles y plazas por todo el mundo– van de la mano de los poderes económicos.

A diferencia de crisis anteriores, el peso de esta crisis va a caer sobre los hombros más frágiles. Mientras que en el pasado se tomaron decisiones para fortalecer la sociedad y para proteger a las personas de los efectos de la crisis –a través del fortalecimiento de lo público, esto es, de lo que es de todos– en esta ocasión se ha impuesto la consigna de la eficacia de lo privado, y en esa dirección y sentido viajamos a toda velocidad.

Se ha roto el consenso, y hay que dejarlo atrás cuanto antes. Hay que construir un nuevo escenario, encontrar cuanto antes una nueva tierra prometida que sustituya a la anterior. Aunque sea más pobre, menos fértil, más desértica socialmente. Aunque tenga paisajes deteriorados. Hay que levantar a toda prisa una nueva tierra prometida, en la que lo individual sustituya y suplante a lo colectivo. Una nueva patria en la que sea el esfuerzo individual lo único válido. Un nuevo país en el que una aparente meritocracia ponga a cada uno en su sitio. Una nueva sociedad en la que todos los trabajadores honrados y entregados a sus empresas tengan cabidas, sin vagos ni maleantes, sin gorriones (*free riders*) del sistema. Un modelo nuevo al que sólo pueden temer los caraduras, los sinvergüenzas, los que no quieren hacer lo correcto.

Esta es la gran falacia. Porque en este nuevo modelo todos renunciamos en beneficio de los más fuertes. Y los más fuertes no han surgido de la nada. Ya existen, hunden sus raíces en ese mismo pasado que quieren dejar atrás. Y en ese nuevo modelo social que se nos impone –que no propone– la fragilidad es un problema. Hay que ser duro, pétreo, fuerte, incansable. Hay que ser productivo, por encima de todo. Y dócil. Y servicial. Y si algún día a alguien se le ocurre convertirse en un coste para el sistema, su destino será la marginación, el exilio interior. Será apartado del escaparate, escondido en algún gueto maloliente –hay que leer a Loic Wacquant– y convertido en un «residuo humano».

Esto nos lleva a Bauman. Por partida doble. Por un lado, a su libro *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, en el que habla de «residuos humanos», de «poblaciones superfluas» de inmigrantes, toleradas en cuanto son necesarias para la producción, invitadas a seguir con su vida nómada en cuanto dejan de ser útiles para el sistema. Esto ya lo escribió Bauman en el año 2004. Pensemos en la España de 2013, en las «poblaciones superfluas» que han existido mientras había

ladrillo, mientras nadie quería trabajar en el campo. Pensemos en esas personas, en esas familias, en sus hijos e hijas, en sus vidas y en su futuro. Es lo que nos espera: una vida superflua sometida a las exigencias del sistema, un horizonte de fragilidad y de incertidumbre, acosados por los balances de las multinacionales y los compromisos financieros de los gobiernos.

Y seguimos con Bauman. Porque increíblemente parece que nada se ha roto. ¿Alguien ha escuchado un chasquido? Sí, en algunos países como Grecia o Portugal hay miles de personas aullando de dolor. Pero, ¿a alguien le importa? Son pequeñas heridas en el conjunto del sistema. Sencillas rozaduras fácilmente tratables. En nuestras satisfechas sociedades occidentales, hace tiempo que se lleva una «vida líquida». Nuestras vidas se definen «por la precariedad y la incertidumbre constantes». Una vida líquida no puede romperse. Antonio Muñoz Molina ha relatado en un libro (*Todo lo que era sólido*) la autodestrucción del sistema, desde dentro. Ahora todo es líquido, la vida, el miedo, las relaciones humanas, el propio horizonte. Líquido, y por lo tanto irrompible.

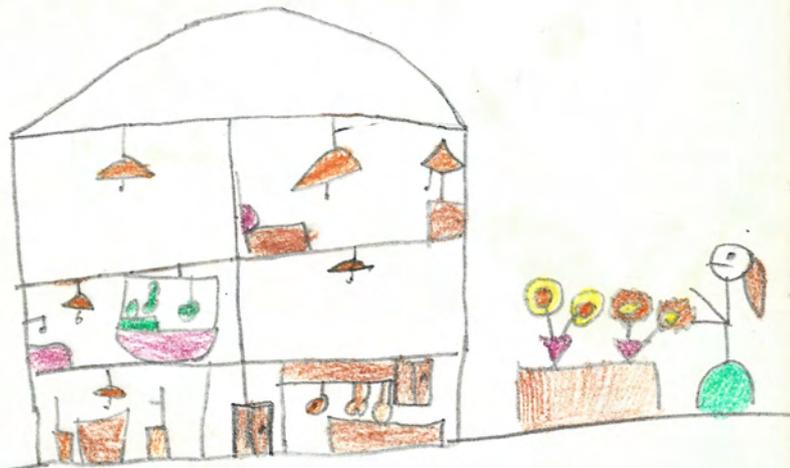
Lo que nos vendieron como el «triunfo de la libertad», nos dice Bauman (*Vida líquida*, p. 194) no deja de ser, para las víctimas de la gran transformación, una infinita «pérdida de seguridad». Y ahora que nadie nos protege, ahora que la red no existe, la fragilidad es un inconveniente, un camino sin retorno. ¡Ay del que no se adapte a la vida líquida! Aquél que se rompa no tendrá una segunda oportunidad. Simplemente será arrojado a la basura, como un residuo humano, tan inútil, que diría Fonollosa, como un vaso de whisky vacío entre las manos.

*Enrique Benítez Palma es economista*

30-11-03

Poesia

La casa tiene gente.  
la gente tiene dormitorios.



AVA

Moliz

# Las cenizas de la fragilidad

## Beatriz C. Montes

«Frágil», tal y como la define el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es algo quebradizo, que con facilidad se hace pedazos; o algo débil, que puede deteriorarse con facilidad. La percepción que tenemos de la fragilidad se desmorona cuando aquello que creíamos sólido resulta ser endeble. Así, cuando una persona joven y aparentemente sana fallece de repente, sin que la edad o los achaques hayan podido prepararnos para ello, hablamos de la fragilidad de la vida.

En realidad no tenemos prueba alguna de que lo que pensamos fuerte y resistente lo sea o vaya a mantenerse en ese estado de manera permanente, pero no somos conscientes de ello las 24 horas del día. Se nos olvida por momentos que las vidas y todo lo que contienen son bastante efímeras. De la misma manera, no caemos en la cuenta de que aspectos de la personalidad como el talento artístico puedan verse alterados y pasar, en poco tiempo, de una alta productividad al bloqueo más absoluto. En principio, si un artista tiene una gran creatividad o expresividad, no parece posible que, de la noche a la mañana, desaparezca. Esos dones son algo implícito e inherente y, por ello, no imaginamos que puedan verse comprometidos. Sin embargo, la realidad demuestra que hasta los talentos más incuestionables pueden quebrarse como una porcelana delicada en un abrir y cerrar de ojos.



Ilustración 1.- Sergei Rachmaninov

El compositor ruso Sergei Rachmaninov era en 1897 mucho más que un joven prometedor del Conservatorio de Moscú. Tenía a sus espaldas un palmarés pianístico sobresaliente y obras notables, ya fuera el *Primer Concierto para piano y orquesta* de 1891 o su famoso *Preludio en Do sostenido menor Op. 3, nº 2* de 1892. Su carrera parecía sólida y estable. Sin embargo, todo se vino abajo a partir del estreno de su Primera Sinfonía en 1897. La interpretación, con un Aleksander Glazunov ebrio a la batuta, fue un desastre, pero los críticos no se burlaron de esta penosa situación sino de la poca calidad musical de la obra. Ridiculizaron su contenido y, por extensión, la capacidad musical del autor. Para Rachmaninov primero fue la decepción, después la depresión y finalmente el bloqueo como compositor, todo ello en un espacio de tiempo corto, que provocó que el músico prolífico del comienzo de la década se quedara completamente mudo entre 1897 y 1900. Convencido de que no podría hacer carrera como compositor, aceptó la dirección de orquesta de la Compañía de Ópera de Moscú. Con ella obtuvo éxitos importantes que le hicieron ganar bastante reconocimiento internacional, pero no fue suficiente para devolverle la confianza en sí mismo. De hecho, no pudo salir solo del naufragio psicológico y necesitó ayuda médica, la del Doctor Nikolai Dahl que le trató con hipnosis. Esta historia de fragilidad tiene un final feliz, pues no solo se recuperó del estado anímico en el que el fracaso de la Sinfonía le había sumido sino que dejó atrás la interrupción creadora y volvió a componer con más fuerza. A nivel artístico plasmó todo el proceso psicológico en una obra que le daría fama mundial y el mayor reconocimiento como compositor tanto en su época como en nuestros días, el *Segundo Concierto para piano y orquesta, op. 18*.

Compuesto entre el otoño de 1900 y la primavera de 1901, esta extraordinaria pieza es un ensayo sobre la superación del dolor psíquico y, en general, de la fragilidad. Es una joya pianística en estado puro: la intensidad de los problemas técnicos (octavas, arpeggios, acordes, saltos y mucho más) lo convierten en un ejercicio de brío que, de por sí, sube el ánimo de cualquier pianista que lo interpreta. A nivel psicológico combina melodías de intensa nostalgia y tristeza, como la del primer tema del *Moderato* inicial con resoluciones apasionadas, fogosas y repletas de fortaleza como la del *Allegro scherzando* final.

De los tres movimientos, dos son mayoritariamente tristes, aunque en ambos se apunte ya la esperanza. Psicológicamente representan a la perfección los altos y bajos de los estados de ánimo de una persona que sufre, en un ambiente de pronunciado patetismo. Recordemos que este concierto comienza de una manera poco habitual para la época, en que los primeros movimientos proponían temas ligeros y melódicos que servían para arrancar la obra. En este caso, el piano, en su registro más grave, presenta sobre un pedal de Fa, acordes estáticos que, con una cierta ambigüedad, darán paso a la tonalidad principal.



Ilustración 2.- Acordes iniciales del Concierto

Tras estos compases, verdadera radiografía de una depresión profunda, el piano hace el esfuerzo de desplegar los acordes, de manera que se siente el inicio del movimiento. En realidad el concierto no empieza hasta diez compases después del primer acorde, cuando la orquesta enuncia el primer tema en Do menor, tonalidad habitual en obras para piano muy trágicas como la *Sonata Patética* de Beethoven. La orquesta saca al pianista de esa especie de parálisis. No lo consigue inmediatamente, tarda páginas y páginas, en las que el piano es un mero acompañante y ella expone el tema repleto de tristeza. Este tipo de escritura provoca que el pianista, en vez de solista, quede en segundo plano. Y, cuando por fin, es capaz de hablar, no solo expresa la misma tristeza que la orquesta sino que, ahora sí, deja de ser el sujeto pasivo de esta tragedia e impone su propia voz.



Ilustración 3.- 2º Tema del Primer Movimiento

La segunda mitad del primer movimiento es desgarradora: el piano es un pozo sin fondo de dolor y parece que nada podrá sacarlo de él. No finaliza con ese paroxismo, sino que vuelve a hundirse en una forma levemente pasiva de tristeza, de manera que, cuando se hace el silencio para pasar al segundo movimiento casi estamos igual que al principio. Rachmaninov ha trazado el laberinto de la depresión en detalle: desde el hundimiento al clímax del dolor, para volver al punto de partida. Porque el grave problema del estado psicológico que padeció es que da la impresión de no tener fin.

Todo el segundo movimiento es un canto del cisne con un tema principal enunciado de diferentes formas pero todas similares. Es aquí donde, a pesar de que la melancolía parece infinita, podemos apreciar, si escuchamos bien, la curación del compositor. En el *a tempo* final es decir, en la conclusión del movimiento, por fin el piano expresa una especie de conclusión patética pero esperanzada. Al escuchar y estudiar en detalle este pasaje de un profundo lirismo, nadie puede dudar de que, aunque Rachmaninov no se encuentre en plena forma, el compositor ha regresado y el bloqueo se ha evaporado.

El tercer movimiento, mucho más rápido, dinámico y explosivo, contrarresta todo el sufrimiento anterior. Desde el primer instante la orquesta es como un viento favorable y cálido que da una velocidad de crucero perfecta. En él se combinan tonalidades menores y mayores, ambientes de sombra y luz, pero la conclusión en Do mayor se sitúa en las antípodas del comienzo del concierto. El último compás, con la repetición de los cuatro acordes de Do, se considera un guiño del compositor que, con ellos, firma la obra ya que corresponderían a las sílabas «Rach-ma-ni-nov».

Cuando examinamos las diferentes etapas de esta historia es complicado saber dónde debemos introducir la definición de «fragilidad» por la que hemos introducido este análisis. ¿Era Rachmaninov un artista frágil al que un fracaso hizo dudar de su talento? ¿Era un compositor fuerte que, a pesar de unas críticas crueles y una incompreensión absoluta hacia su *Primera Sinfonía*, pudo renovar por completo su imaginación y llegar a ofrecer un concierto que resumiera todo ese proceso y que consolidara su lenguaje musical? Un músico que se hunde por una crítica, ¿es un ser endeble? Un músico que supera brillantemente el fracaso con una pieza que lleva siendo durante un siglo una de las más interpretadas de toda la historia del piano, ¿es un ejemplo de fortaleza?

Cuando consideramos la condición de «fragilidad» con respecto a una persona y, en particular, a un músico, nos encontramos con que la definición deja de ser evidente, porque resulta contradictoria la capacidad de los músicos para ser frágiles y fuertes al mismo tiempo. Y sus propias obras, las composiciones musicales, la música en general, es una de las formas artísticas que mejor muestra al mismo tiempo la sensación de debilidad y de fortaleza. La música tiene en sí misma la capacidad de poner de relieve la fragilidad y por eso llega al alma de tantas personas, desde el principio de los tiempos. Alguien roto de tristeza o de angustia escucha una canción o una sinfonía y en la música resuenan sus males, como en él o en ella resuena el mensaje de lo que está escuchando. Una música triste puede inducir al llanto, puede incluso dejarnos sumidos en un estado de gravedad. Una música alegre puede animarnos, sacarnos del abatimiento, llevarnos hacia la serenidad, la esperanza, la alegría o incluso el éxtasis. Por eso elegimos lo que queremos escuchar: esta melodía sí, esta no... según los estados de ánimo.

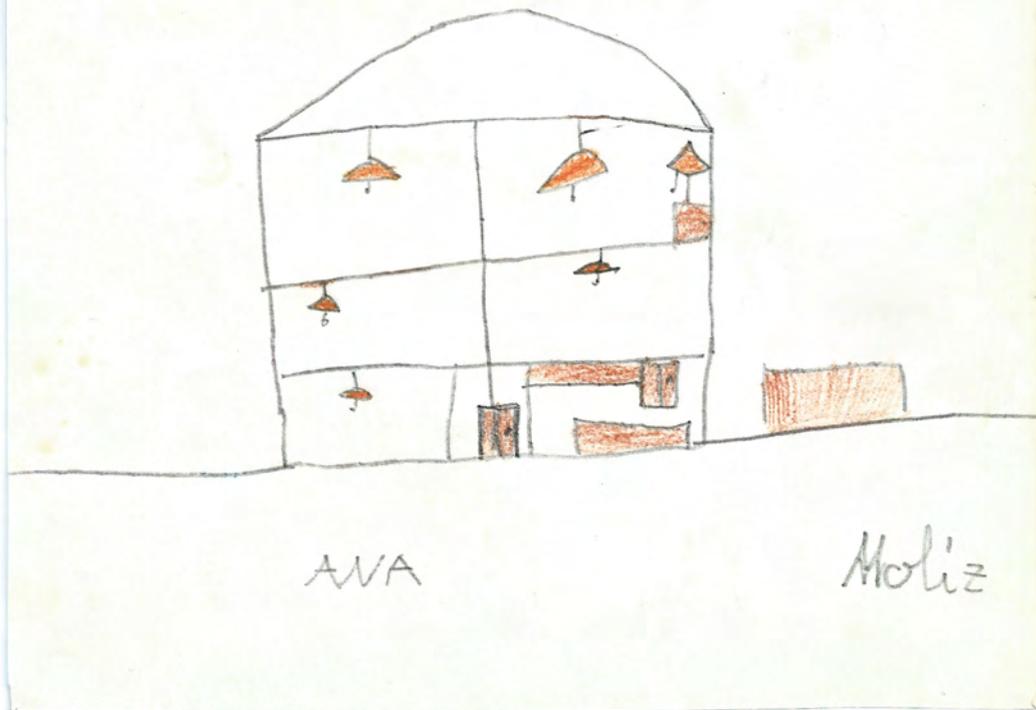
El talento musical es quizás una forma de fragilidad diferente a la convencional, una forma que contiene a la vez el sinónimo y el antónimo, que se muestra desvalida y vigorosa y que tiene la capacidad de reconstruirse a partir de la tragedia y renacer, como el ave fénix, de las cenizas de su propia debilidad.

*Beatriz C. Montes es pianista y profesora de música de la Universidad de Salamanca*

d e s d i b u j a n d o

30-11-07

Poesia  
La casa tiene  
dormitorios.



A N A M O L I Z

# A VECES CUESTA CARO EVITAR QUE TE VAPULEEN PERO MERECE LA PENA PORQUE ES JODIDAMENTE DELICIOSO

J u l i o      C é s a r      J i m é n e z

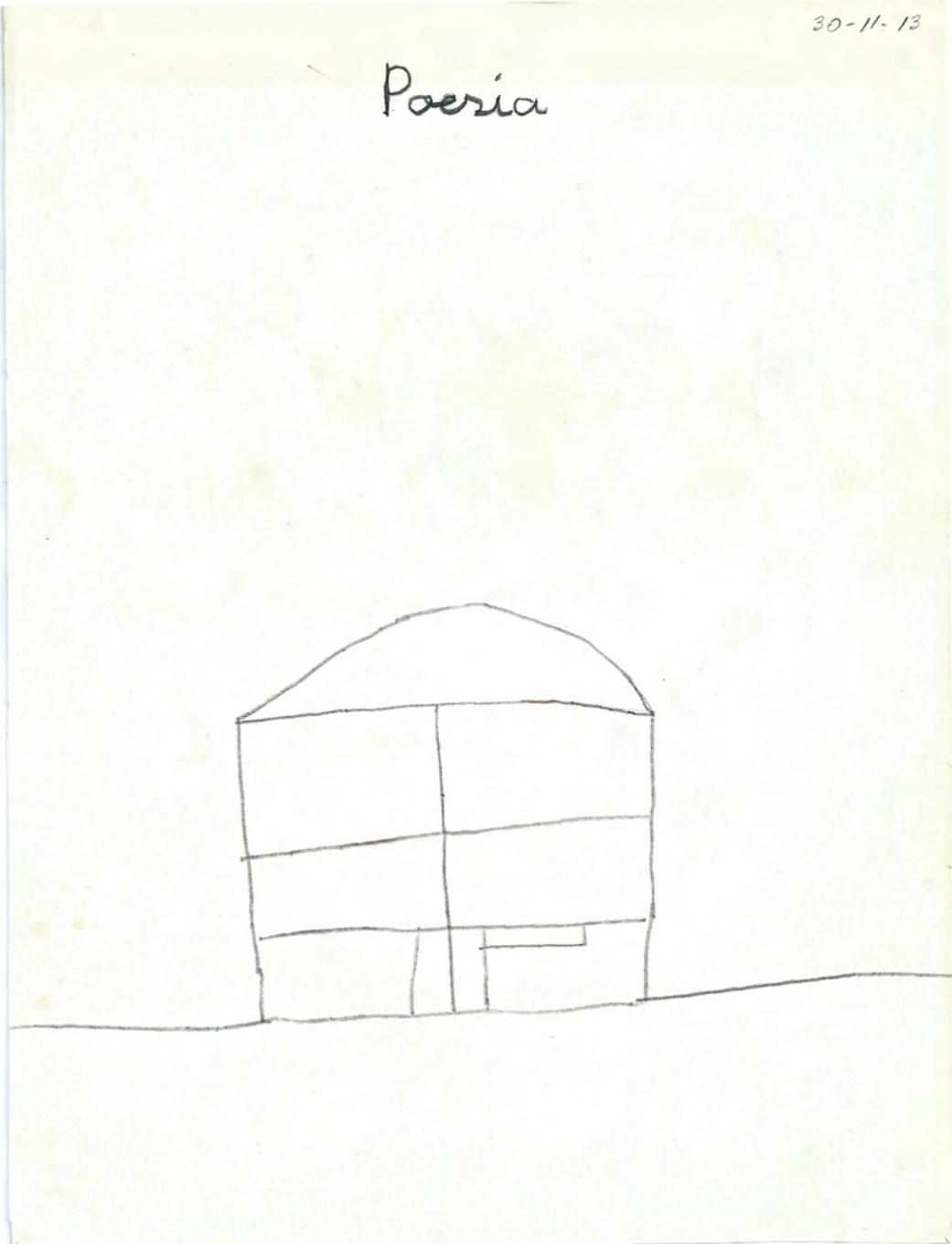
(...) Hace un par de años asistí a una velada que conmemoraba algo literario (hay testigos que lo constatan, por el contrario lo habría olvidado). Un reconocido intelectual —para más señas, gran novelista andaluz cuyo nombre no desvelaré sin su autorización— espetó lo siguiente a la selecta concurrencia: —*Los poetas sois unos hermosos decoradores de interiores, mientras que nosotros (los novelistas) hacemos el verdadero trabajo de campo.* La patada en los huevos fue monumental y aunque visiblemente pareció poner incómodos a algunos tipos de la mesa, a mí me produjo una soberbia hemorragia de alegría. A esa hora ya habíamos entrado en la madrugada, la osadía de la gente había cambiado de sitio (de los ojos a la boca) y los escorpiones me llegaban a la cintura (imposible deshacerse de ellos). Adyacentes a la lengua, ínfimos lagartos-tigre anunciaron cambio de género y número, dirección de los capilares y asambleas de la emoción en la sien, rebelión de sincronías en el pasado, estreno de sombra —más nítida y mezquina—, deslizamiento del instante sobre su lugar (como evolución del oportunismo), y desde luego, la disipación de los límites (todos ellos responsables en su día de haber dilatado un cuerpo nacido de la ocasión). Así que allí estaba yo en medio del humo, el cinismo corporativo y demás secretos de la cena mientras todos los hombres y mujeres del mundo —del bar, quiero decir— me parecían indefensos y bellos y únicos y accesibles al abrazo o la bofetada, como cuando tu padre se equivoca contigo por tercera vez y entonces en ese momento justo puedes deshacerte de él pero en el fondo no quieres porque significa sacar de ello demasiada felicidad, el vicio más aconsejable para acabar con uno mismo. En fin, que me levanté de la mesa como pude, disolví bajo la silla la horda arácnida, pregunté al camarero dónde estaba el baño y, tras evitar todos los espejos, críticos de literatura, poetas que van de poetas, concejales orondos, periodistas deportivos, politólogos exaltados y similares amenazas alineadas en el aire, llegué allí dentro donde arranqué de cuajo un grifo del lavabo porque matemáticamente es demostrable que siempre hay uno flojo en lugares como ese. Volví a la mesa con idéntico esmero y temor, me acerqué por la espalda al popular novelista y, como ensayo de entrañable gilipollez o personalísimo trabajo de campo, metí la serpiente cromada en el bolsillo de su chaqueta.

*Julio César Jiménez es poeta*

d e s d i b u j a n d o

30-11-13

Poesia



A N A M O L I Z

## *De Lucía para Andre*

¿Con qué derecho me tomaste como ejemplo? ¿Crees que este es tu réquiem?

Andre, yo no quise morir, fue un accidente, hubiese decidido conocerte, estar con todos, sobre todo con mamá, ella tampoco ha sabido seguir. Ninguno me habéis sabido llorar, no puedo descansar en paz. ¿Para qué sirve el ángel blanco de mi hermosa tumba?

Cada día de vuestras sucias vidas me volvéis a matar. Hermana loca, tienes todo y no quieres nada, mezcláis indistintamente el bien y el mal ¿Creéis que quemando la memoria llegareis a leer vuestro futuro en mis cenizas? NO.

En nosotros no existe la tristeza real, existe la tragedia de mi prematura muerte que no os hace ni solemnes ni impunes. Andre, el agua es nuestro vínculo, pero no puedo perdonarte por tirarte al río, no soy agua, me convertí en tu sombra, convertí tu voz en una voz antigua, sin matices, por eso quizá pareces una chica hechizada, con tu belleza diferente y tu forma de estar que es una consecuencia, la de que fui y por eso cambió tu infancia, nadie te dio ni el cariño, ni los besos, ni los abrazos necesarios, me llevé los tuyos y los míos.

Por eso no eres de nadie y al mismo tiempo eres de todos. Escandalosa hermana, ahora vas con esos 4 chicos, inocentes, cristianos, ajenos, que te miran desde la penumbra, viven rodeados de sus patéticas costumbres, con sus oscuridades escondidas, no como las tuyas, quieres hacer visibles sus sombras. Los atraes más allá de todo sentido común, eres todo lo contrario a ellos, serán tus mártires. Convertirás sus destinos mesurados en trágicos, no deberían cruzarse ciertos límites. Abuela, déspota oficial, hizo trizas a nuestros padres, siempre. Ella, que esa tarde de abril se adormiló en una tumbona del jardín, yo sólo era para ella una gemela inútil de 3 años, jugaba sola y caí en la fuente, respiré su agua oscura y al buscar el aire para respirar no lo encontré, y ahí naciste tú, conversión de la energía, mamá quedó herida para siempre, y papá con sus viajes, sus ausencias, que te hace daño al llamarte por mi nombre, Lucía, lo siento, Andre.

Pero puede que en el fondo quieras salvarte, por eso el Santo, su voz y sus rasgos antiguos, fuerza dura y adulta cuando reza, y cuando te ama, como tu verdadero padre. Te acostaste con todos, pero tu redención fue solo para y por él, para el Santo. Un secreto más, la hija que esperas, que no conocerá a su padre como tú no conociste al tuyo. Solo te pido que no le pongas mi nombre, que me olvides, que dejes de morir cada día. Estoy contigo y no me ves, como Jesús en Emaús.

*Lucía Morales Ramírez, para Baricco*

¿Debo entregar lo que no tuve nunca,  
lo que gusté, viví, pensé  
y cobijé sin poseerlo?

Dura

madre es el alba  
que nos despierta goteando sangre.

**José Mateos, *Cantos de vida y vuelta.***

*E s t a n i s l a o M . O r o z c o*

*Una décima de fragilidad acróstica al comienzo de todo*

Final de los tiempos, ven,  
recibe la sepultura  
adecuada, la dulzura  
gime sorda en el Edén.  
Inicio del Hombre, ten,  
limpia todo el porvenir,  
identifica el latir  
del corazón de este mundo  
amanecido, rotundo  
destino del existir.

## *Efigies doradas*

*«Llegué volando como una blasfemia.»*  
Vladimir Mayakovski

Del otro lado  
advierto una comodidad pegajosa,  
una inminencia que se alarga,  
el plástico atacado por la llama  
y la palabra fundida con la moneda,  
con el tintineo de los cascabeles  
que atraviesan gargantas demasiado hinchadas  
de orgullo;  
en aquellos túneles,  
del otro lado,  
crecen plumas negras,  
miríadas de ellas tapizan los muros  
hasta que la memoria se vuelve una sombra  
áspera  
que corre tras las efigies doradas,  
raederas de lo primitivo,  
cálices de la destrucción más concreta.

*Para desactivar el más duradero de los desgastes*

*A José Ángel Valente*

Jamás es tarde.  
En el nacimiento,  
arcana madrugada del presente,  
aférrate a la verdad de tu luz;  
dentro  
la noche  
-único pasado y único futuro-  
también principia su retorno.  
No hay tiempo fuera de la piel.  
No hay espacio sino el que ocupan tus huesos.  
¿Para qué tanta demora, tanto abismo?  
Celebra la humanidad  
con el lenguaje.

*¿Cómo destruir las máscaras?  
O  
¿por qué alimentar a los muertos?*

*«En la última noche, el muchacho se miró al espejo y advirtió su ausencia.»*

Rafael Pérez Estrada

Las rosas son arrancadas de cuajo  
por jardineros que desconocen su oficio,  
que pululan en la creencia de que ellos  
son las rosas del jardín.  
Víctimas de la quietud doméstica,  
sucios habitantes de lo intrascendente  
dejad de lamer las manos de los popes,  
la más mínima brisa os barrerá,  
zaquizamíes burocráticos;  
la poesía es tenaz,  
las habitaciones más secretas del palacio  
no se dejan engatusar  
por cuatro carantoñas,  
sois cadáveres agradecidos,  
hipotecáis la pena,  
transformáis vuestra inmensa tristeza de postín  
en cuotas de funambulismo,  
en parcelas de llanto  
que no conlleva lágrimas  
sino aburrimiento, el más hondo de los vicios  
de quien miente,  
de quien se miente.  
No os enfrentáis a nadie,  
tan solo a vosotros mismos.  
Yo alzo la voz  
con la fragilidad de los peces  
en su retorno al mar.  
He arribado a este preciso instante  
para que escuchéis  
la palabra desnuda:  
Decapitación.

# *R a q u e l L a n s e r o s*

## *Un joven poeta recuerda a su padre*

Ahora ya sé que pasé por tu vida  
como pasan los ríos debajo de los puentes,  
-indiferentes, turbios, orgullosos-,  
con la trivialidad desdibujada  
de las pequeñas cosas que parecen eternas.

Muchas veces lo obvio  
se oculta tras un halo de extrañeza,  
tras la costumbre lenta, indistinguible  
del aura fugitiva de las vivencias únicas.

Es difícil saber  
que la belleza abrupta del vivir cotidiano,  
tan desinteresada de sí misma,  
nacida sin clamor ni pretensiones  
es en esencia tan mágica y rotunda  
que resulta imposible de imitar a propósito.  
Y es aún más difícil  
comprender que la fiesta de las cosas sencillas  
casi siempre termina  
mucho antes que la voluntad del festejado.

Inmóvil vi pasar ante mis ojos  
el desfile callado de tu vida  
con tus sueños cansados en otoño,  
    tus alegrías de puertas para adentro  
    y tus desvelos discretamente cálidos.

Creo acertar si digo  
que nunca te di nada que no fuese  
un préstamo a mí mismo.

    Te pedí, sin embargo, tantas cosas.

Hoy, inmóvil de nuevo, asisto inerme  
a este desfile amargo de tu ausencia  
mientras mi corazón -dividido y atónito-  
comienza a descubrir que la vida va en serio.

Te recuerdo. Hace frío  
    y el frío me devuelve  
aquella forma tuya tan sutil  
de ofrecerme a la vez un corazón errante,  
    la suerte en un casino de Las Vegas,  
    la lluvia indescifrable del desierto,  
    los versos de Machado en un suburbio.

Ahora ya sé que pasé por tu vida

indolente y confiado, -sin asombro-,  
como suelen vivir todos los hombres  
que no conocen todavía la pérdida.

## *El hombre que espera*

Una vez más remueve  
el poso del café la cucharilla triste.  
Diez dedos bailotean en la mesa del bar  
un tango a media luz con el olvido.

Está solo, cansado,  
sentado entre una multitud ajena  
que lo mira sin verlo.

Un anillo de oro gastado por los años  
es el único rastro de brillo que le queda.

La pasión una vez le estalló entre las manos.  
Y perdió la esperanza en los abismos  
de un corazón humano.

No hay desdicha que le haya sido ajena.  
No existe humillación que desconozca.  
Es por eso que sabe hablar de amor.  
Es por eso que espera.

## *El oficio de la inquietud*

El héroe casi nunca elige su ventura,  
suele ser el destino quien le sale al encuentro.  
En la balanza de la dignidad  
el oprobio de labios pusilánimes  
pesa menos que el sol de la coherencia.

Quizá nunca soñara con la inmortalidad  
pero es mejor afán que una paz a la sombra.  
Pese a todo, lo real y lo engañoso  
apenas se distinguen en el Hades.

El héroe no rehúye fortuna ni desgracia,  
ni la lucha, con su candente pálpito,  
ni el órdago insaciable de la vida.

Cuando llora, son de niño sus lágrimas  
no existe piel tan fina ni embajada más tierna.

¿Puede existir postura más heroica  
que la propia consciencia de la fragilidad?

# E I C a r r o d e H e n o

## U n m u n d o s a l v a j e

Un día cualquiera del año anterior a septiembre de 1988 es posible imaginar al escritor Salman Rushdie levantando la mirada de la pantalla del ordenador en que está redactando su novela *Los versos satánicos*, cerrar los ojos y relajarse unos instantes mientras escucha *Wild world*, canción incluida en *Tea for the Tillerman*, álbum de 1970 del cantante y compositor londinense Cat Stevens, quien al convertirse a la fe islámica en diciembre de 1977 adoptó el nombre de Yusuf Islam.

En el ensayo *Los testamentos* traicionados afirma Milan Kundera que *Los versos satánicos* «me hizo comprender, por primera vez en mi vida, la *poesía* de la religión islámica, del mundo islámico».

La novela de Salman Rushdie comienza «cuando dos hombres vivos, reales y completamente desarrollados caían desde gran altura, ocho mil setecientos metros, hacia el canal de la Mancha, desprovistos de paracaídas y de alas, bajo un cielo claro», uno de ellos, llamado Gibreel Farishta, canta desafinado absurdas canciones y baila haciendo piruetas «nadando en el aire», mientras el otro, el circunspecto y malhumorado Saladin Chamcha le grita –sin perder nunca la compostura indumentaria, bombín incluido– para que detenga el ruido infernal de su canto. Dos hombres que caen del cielo cantando y discutiendo tras la explosión del avión de pasajeros en que viajaban, y todo esto en la primera página de la novela. Porque de una novela se trata, la república sin límites de la imaginación, «el territorio en el que se suspende el juicio moral» como escribe Kundera en su ensayo.

La mañana de 14 de febrero de 1989 Salman Rushdie recibió una llamada telefónica en su domicilio de Londres. Era una periodista de la BBC que le informaba de la fetua promulgada por el ayatolá Jomeini según la cual era condenado a muerte por haber escrito una obra «contra el islam, contra el Profeta y el Corán». Asimismo, la fetua incitaba a todos los musulmanes a dar muerte al escritor allá donde lo encontraran. La novela llevaba en circulación apenas unos meses, aún no se había traducido a ningún idioma y solo era posible conseguir la edición original inglesa.

Redacto esta nota mientras escucho la música de Cat Stevens (actualmente Yusuf Islam), igual que imaginé a Rushdie en su despacho escuchando las mismas canciones (desconozco completamente los gustos musicales del escritor) y no es casual que suenen ahora las maravillosas *Moon shadow* o *Father and son*, pues aún existe gran controversia sobre el apoyo del cantante a la fetua iraní, asunto que en alguna ocasión ha negado, culpando a la prensa de tergiversar sus palabras.

Decía un poco más arriba que la novela es la república sin límites de la imaginación. Es claro que sin ese territorio de completa libertad que conforman los libros andaríamos a ciegas, perdidos como hombres que caen cantado del cielo y que no saben nada del mundo salvaje que les espera al poner los pies en la tierra.

V i c e n t e O r t í z

